



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANO  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 19 — Madrid 5 de Julio de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

#### SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *El Milagro de la Caridad*, por don Valentín Gómez. — *Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en el Asilo de Huérfanos del mismo nombre*, por D. Manuel Pérez Villamil. — *Fiestas en la dedicación del templo del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús*, por D. Luis Pérez Rubin. — *Una obra de amor*, por D. R. Segade Campoamor. — *Una escritora carmelita descalza*, por D. T. del C. — *Soneto*, por M. del P. M. — *Robespierre* (continuación), por D. Cefirino Suárez Bravo. — *Historia de plantas y flores*, por D. Teodoro Peña Fernández. — *La casa del oso*, por F. P. — *Conocimientos útiles*. — *Discurso leído ante la Real Academia Española, en la recepción pública del R. P. Miguel Mir* (continuación).  
GRABADOS. — *Doña Ernestina Manuel de Villena*. — *Vista general de la capilla mayor y crucero de la iglesia*. — *Detalles de la iglesia y algunos objetos del culto*. — *Excmo. Sr. Marqués de Cubas*.

#### LA DECENA

No es porque yo lo diga, pero ni buscado con un candil se encontraría bajo la capa del cielo un revistero más desgraciado que yo.

Y no me refiero precisamente á las desgracias que nacen de la falta de aptitudes y de la carencia de ingenio, de frescura y lozanía de imaginación para desempeñar mi tarea; porque de estas desgracias más saben tanto como yo mis tolerantes lectores.

Hablo sólo de la desgracia que me persigue, en mi calidad de revistero, con relación á los asuntos que debo elegir para mis revistas.

Transcurre todo un año sin que se me presenten sucesos de alguna importancia que registrar en mi cartera, y me veo negro para llenar el espacio blanco que me está designado, teniendo que recurrir al fondo de vulgaridades para pagar mi deuda con los suscritores. Pero he aquí que llega, por excepción, un día como el de hoy, en que ocurre un verdadero acontecimiento, el suceso de la Decena, y me veo en el desgraciado caso de no poder hablar de él ni poder prescindir de hacerlo.

Hoy se ha verificado el acto solemne, brillantísimo y profundamente conmovedor, de inaugurarse la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Creo que no hay que decir más para demostrar la alta importancia del suceso, y nadie se figurará que pueda en este día hacer caso omiso de él en una publicación sostenida é inspirada por las dignísimas personas que tienen á su cargo tan piadosa institución.

«Pues á ello, y basta de preámbulo, — me dirán ustedes — pues-

to que no puede prescindir de dar cuenta del suceso, si ha de cumplir sus deberes de cronista.»

Ya, ya; eso se dice muy bien, pero no es tan fácil hacerlo como decirlo.

Tiendan ustedes la vista por este número de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y díganme francamente si puedo yo añadir algo nuevo ó algo bueno á lo que han escrito plumas tan autorizadas, tan elegantes y tan castizas como las que han tratado el asunto del día bajo todos sus aspectos.

Temerario empeño sería el intentarlo, y no soy yo de los que gustan acometer empresas temerarias.

Así, pues, me doy de baja por esta vez en el desempeño de mi obligación, con tanto más motivo, cuanto que, al hacerlo así, todos salimos ganando: mis queridísimos lectores porque no tendrán que cansarse en establecer comparaciones que necesari-

amente redundarían en mi daño, y yo porque me coloco en la situación (siempre halagüeña para un viejo) del muchacho que va de mala gana á la escuela y encuentra un pretexto plausible para hacer novillos.

Por lo tanto anoche, en vez de encerrarme en mi despacho á hilvanar el consabido artículo, con la cabeza abrasada por fuera merced al calor de la lámpara, y helada por dentro á causa del frío de los años, agarré mi bastón con la mano derecha y el brazo de Roque con la izquierda y dije:

« ¡ A paseo ! »

Y á paseo nos fuimos, y tuve hasta la humorada de sentarme en el Salón del Prado, infringiendo los preceptos de mi médico y haciendo oídos de mercader á las cariñosas reconven-

ciones de mi fiel sirviente. Y vean ustedes lo que son las casualidades: en la silla inmediata á la mía me encontré con una persona conocida que, de buenas á primeras, me disparó el siguiente saludo:

— ¡ Tu quoque, Brutus ! ¡ Don Blas por estos sitios profanos... ! ¿ Cómo va... ?

— Bien, gracias — me limité á contestar para poner término á la facundia vulgar de D. Próspero, que así se llama el sujeto aludido.

— Después de tantos meses sin vernos, hoy nos encontramos dos veces, y me felicito, porque...

— No recuerdo dónde nos hemos visto hoy antes de esta hora — le dije.

— Usted no me habrá visto, pero yo le he visto á usted esta mañana, aunque de lejos, cuando iba á mi posesión. Venía usted en el tranvía del barrio de Salamanca...

— ¡ Ah ! sí, es verdad.

— Y por cierto que me extrañó ver al bueno de D. Blas á tales horas y por tales sitios; tanto, que me dije: para que D. Blas ande por la calle con estos calores, seguramente se trata de algún negocio grave é importante. ¿ He acertado ?

— En lo de grave no, en lo de importante puede ser.

— Bien decía yo, y si no fuera indiscreción...

— Quiere usted saber de dónde venía, ¿ no es verdad ? No es ningún secreto: venía de la nueva iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, inaugurada hoy mismo al culto divino.



DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA,  
Fundadora del Asilo. — † 27 de Enero de 1886.



— ¡Hola! ¡una iglesia nueva! Creí que se trataba de otra cosa más...

— ¿Más qué?

— Más sería... es decir, más importante, más...

— Usted acabará de mas... cullar su frase.

— No digo yo que no sea una cosa seria y laudable eso de ir á la iglesia con un calor de 35 grados centígrado, sino que á la edad de usted...

— Yo acabaré la frase: lo que usted quiere darme á entender es que, hallándose en mi lugar, no se habría tomado esta molestia por ver una iglesia más.

— Exactamente.

— Lo cual no obsta para que haya usted hecho una caminata más larga que la mía, achicharrándose al sol en su elegante faetón...

— Perdóneme usted, llevaba el *break*.

— Es lo mismo... Para ir á inspeccionar los trabajos que está ejecutando en su posesión de *Los Topos*.

— ¡Vaya una comparación! Esos trabajos me interesan directamente; quiero hacer de *Los Topos* una posesión de recreo cual no se ha visto en Madrid... ¿Pretendería usted — añadió con una carcajada — que en lugar de construir allí un edificio de lujo y con todas las comodidades, hubiera destinado los 80.000 duros que me cuesta á levantar una iglesia para que fuesen mis amigos á oír misa los domingos y fiestas de guardar? ¡Ja, ja!

— No, Sr. D. Próspero, yo no puedo pedir peras al olmo, ni vista de lince á los topes... Por otra parte, si se le hubiera á usted ocurrido la *jocosa idea* de levantar una iglesia en su propiedad con el objeto que ha indicado, tendría que imponer á sus amigos la obligación de ir á misa todos los días.

— ¿Por qué?

— Porque, según dicen esos mismos amigos, tanta prisa se da usted á acumular dinero, que para usted todos los días del año son fiesta de guardar.

— ¡Usted siempre tan sarcástico...! Pero, hablando formalmente ¿qué nueva iglesia es esa de que me ha hablado usted?

— Pues es una iglesia preciosa, admirablemente trazada, decorada con un gusto exquisito y costeada por un procedimiento que tiene tanto de sublime con relación á sus propietarios, como tendría de depresivo y hasta vergonzoso con relación á usted, si pudiera emplearse para construir la lujosa posesión de *Los Topos*.

— A ver, á ver, que no entiendo ese logogrifo; dice usted que los medios empleados para levantar esa iglesia, es decir, que la procedencia del dinero que se ha gastado en hacerla, es muy honrosa, y que si yo acudiera á esos mismos medios...

— Se escandalizarían cuantas personas lo supiesen; eso sin contar con que pondría usted los *medios*, pero el *dinero* no vendría.

— Ea, explíquese usted con claridad, ¿de dónde sale ese dinero?

— De la caridad pública.

— ¿Lo dice usted de veras?

— ¡Y muy de veras; los muchísimos miles de duros que ha costado el *Asilo de Huérfanos* y la iglesia que se ha inaugurado esta mañana han salido, en efectivo una gran parte, y en *crédito*, como dicen ustedes los hombres de negocios, otra no pequeña, de las arcas de la caridad cristiana, que son inagotables cuando se acude á ellas en nombre de la fe, de la piedad, de la misericordia y de la moral católica.

— Pero ¿quién ha impulsado ese *negocio*... perdóneme usted la palabra que se me escapa de la boca en fuerza de la costumbre... Quiero decir ¿quién ha ideado hacer ese Asilo y esa iglesia?

— ¿Quién? Una señora.

— ¿Muy rica, seguramente?

— En virtudes, en celo religioso, en constancia, en amor al prójimo, en discreción, en firmeza de carácter, en grandeza de alma, en hermosura de corazón... y hasta en hermosura física; sí, señor, rica, muy rica, *opulenta capitalista*, como ahora se dice.

— ¿Y esa señora ha costeado el establecimiento de que me habla usted?

— Esa señora, desgraciadamente para todos, no existe ya; pero había dejado la semilla de su genio bienhechor depositada en tierra fértil, y ha prosperado con el esmeradísimo cultivo que han sabido darle otras señoras que ayudaron en su tarea á la inolvidable Ernestina, y han proseguido la grande obra iniciada por aquella.

— Confieso que ignoraba hasta la existencia de ese Asilo, que, por lo visto, viene á llenar un vacío en nuestra sociedad, porque supongo que todos los niños colocados en él recibirán educación mediante una retribución módica...

— ¿Qué está usted diciendo? Los verdaderamente asilados no pagan en otra moneda que la del *agradecimiento*, que no corre en las transacciones de ustedes, los *hombres de negocios*.

— ¡Ah! Pues esa es verdadera filantropía.

— Tampoco circula esa palabra entre los puristas católicos. Eso se llama sencillamente *caridad*... Ea, buenas noches, que el relente me hace mucho daño.

— Lo siento, porque la conversación empezaba á interesarme.

— Pero, Sr. D. Próspero, ¿es posible que hasta en la conversación familiar se muestre usted *interesado*?

— Pero, Sr. D. Blas, ¿es posible que hasta en la conversación conmigo se manifieste usted mordaz y epigramático?

— No he querido mortificarle; pero en fin, si tiene usted empeño en convencerme de que le he juzgado mal, puede usted hacerlo, porque no deseo otra cosa que dejarme convencer.

— ¿Y qué he de decir para convencerle á usted?

— No quiero que *diga* usted nada, sino que *haga*.

— Veamos.

— ¿Desea usted persuadirme de que le he agraviado suponiéndole...

— No repita usted la palabra.

— Está bien; no repetiré la palabra, pero venga la obra.

— ¿Qué obra?

— La que me ha ofrecido usted para convencerme de que merece la calificación de *desinteresado*.

— Indíqueme usted qué clase de obra es la que desea, si de albañilería, de carpintería, de marmolista...

— ¡Ta, ta, ta!.. La obra que debe usted realizar es de otro género.

— Venga, digo yo á mi vez; explíqueme lo que debo hacer.

— Una cosa muy sencilla: acercarse mañana 3 de Julio de 1886 al Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús (aunque sea á las horas de calor), ponerse en relación con las señoras de la Junta... y sepa usted, aquí para *inter nos*, que son tan piadosas como amables...

— Bien; ¿pero qué he de decir allí?

— Puede usted decir, por ejemplo, que D. Blas le ha llamado...

— No repita usted la palabra.

— Le ha llamado... hombre positivista, indiferente á las desgracias del prójimo, rico de dinero y algo pobre de corazón...

— Eso no; yo puedo probar que á buen corazón no me gana nadie.

— Pues eso es precisamente lo que se trata de que usted pruebe... En fin, puede usted decir muchas y muy buenas cosas, y no sólo decir las sino hacerlas. Puede usted hablar y obrar de manera que cuando salga usted de aquella bendita casa puedan decir aquellas benditas señoras: «Ayer sólo sabíamos que D. Próspero era un *hombre rico*; hoy hemos aprendido que es un *rico caritativo*».

BLAS.

## EL MILAGRO DE LA CARIDAD



Si los bienaventurados pueden sentir nuevos regocijos, además del inefable de la visión de Dios, el alma de Ernestina ha debido estremecerse de alegría al contemplar desde la altura celeste el feliz coronamiento de su obra.

Faltaba al hermoso Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón la piedra angular en que descansa todo ese gran monumento de la caridad cristiana, es decir, el templo; y gracias á Dios el templo ha abierto ya de par en par sus puertas, mostrando á los ojos de los fieles todas las bellezas de su elegante estilo ojival y toda la suntuosidad con que el cristianismo engalana siempre las obras destinadas á los pobres y á los humildes.

Es sin disputa el templo más bello de Madrid, como es uno de sus mejores edificios en su género el edificio del Asilo. Allí no se ha escatimado nada, porque nunca escatima nada el opulento capitalista que ha subvenido con sus inagotables tesoros á la construcción de la obra. El capitalista se llama la Caridad, y si hay alguien que dude de sus milagros, haga una visita al Asilo, pregunte de dónde han salido los caudales necesarios para hacer aquello, y cuando sepa que aquello se ha hecho con limosnas, no buscará seguramente su explicación en los medios ordinarios y naturales de la vida humana, sino en aquel otro que, según la palabra divina, transporta las montañas: en la fe acrisolada por el fuego de la Caridad.

Muchos años hace que comenzaron las obras de un edificio monumental destinado á Bibliotecas y Museos. El que las paga es el Tesoro público, es

decir, España entera, y á pesar de esto, todavía el edificio está en sus comienzos, sin que podamos abrigar la esperanza de que lo verán terminado nuestros hijos.

Los trabajos del Asilo empezaron poco tiempo ha, y ya hoy, con la inauguración de su magnífico templo, todo ha concluído, y si algo falta es que la sombra de Dios continúe amparándole para que, con nuevos recursos, se aumente cada día el número de asilados, y sea el edificio lo que debe ser: un plantel de artesanos católicos, instruídos, laboriosos y honrados, que formen con el tiempo familias cristianas, núcleo de una sociedad renovada por el espíritu del Evangelio y la práctica de la virtud.

No sabemos si todos los que tengan la suerte de visitar el Asilo sacarán la misma impresión que nosotros hemos sacado, y sobre todo los mismos consuelos y las mismas esperanzas que nosotros; pero seguramente no puede dudarse de que además de la complacencia general que causa todo lo bien ordenado, todo lo que está constituido conforme á las reglas más sabias de la enseñanza, de la moral y de la higiene, la visita al Asilo hará pensar á muchos en que es inútil buscar fuera de la Caridad cristiana solución para los grandes problemas sociales que están hoy agitando á todos los pueblos del mundo.

Cierto que con la historia en la mano no hay hombre de buena fe que deje de reconocer en el cristianismo al constante Redentor y consolador de todas las miserias de la vida.

El cristianismo elevó á los siervos á la categoría de hombres libres, no solamente predicando la fraternidad universal del género humano, sino emancipando de hecho á los esclavos y minando el poder de los señores para formar los concejos y las pequeñas repúblicas de la Edad Media.

El cristianismo se apoderó de los enfermos y desvalidos, y considerándolos como predilectos del Señor, los acomodó en suntuosos palacios, poniendo á su servicio hombres extraordinarios que lo abandonaban todo para cuidar de sus pobres hermanos.

El cristianismo, cuando una peste horrible asolaba á Europa, y los más esforzados corazones se estremecían al oír la palabra *lepra*, creaba una Orden destinada únicamente á servir á los leprosos, siendo uno de éstos el gran Maestre.

El cristianismo, que luchaba á brazo partido con los secuaces de Mahoma, vió que los bárbaros musulmanes reducían á la esclavitud á los prisioneros cristianos si no se les redimía, y creó los trinitarios, que con sus propias personas sustitúan en las mazmorras á los cautivos.

El cristianismo ha engendrado á San Juan de Dios y á San Vicente de Paul, esos admirables portentos de amor al prójimo, cuyos nombres parece que están vinculados á todas las obras que tienen por objeto socorrer al indigente y cuidar al enfermo.

Ni una sola de las necesidades del hombre, ni uno solo de sus infortunios ha dejado de ser atendido con maternal solicitud por la inagotable Caridad cristiana. Diríase que la razón principal de que Dios permita tantas lágrimas y tantos dolores sobre la tierra, consiste en que esos son los medios para que el hombre ejerza aquella excelsa virtud con sus hermanos.

Pues el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón es uno de esos milagros de Caridad de que está llena la historia del cristianismo, y que constituyen una de las pruebas más evidentes de su divino origen; milagro que en el fondo y con la sencillez propia de todos los procedimientos cristianos, resuelve prácticamente una de las cuestiones sociales más pavorosas de nuestro tiempo.

¿Cómo vamos á hacer, se preguntan los estadistas modernos, para dar algo á los que no tienen nada?

¿Cómo vamos á hacer para sacar de la ignorancia á las clases desheredadas?

¿Cómo vamos á hacer para convertir en capitalistas á los obreros?

¿Cómo vamos á hacer para que los pobres no se subleven contra los ricos?

¿Cómo? La Caridad cristiana contesta sencillamente enseñando sus obras: así.

Nosotros hemos visto á los niños recogidos en el Asilo aprendiendo á zapateros, á tipógrafos y á encuadernadores; pero no como se aprenden estos oficios en cualquier parte, sino con una base de conocimientos previos que verdaderamente nos ha asombrado.

El inteligentísimo Hermano Director les hizo en nuestra presencia una multitud de preguntas sobre gramática, aritmética, geografía é historia, y la prontitud, seguridad y precisión en sus respuestas, nos daba la medida exacta de su perfecta instrucción fundamental.



Vimos después los grandiosos dormitorios del Establecimiento, en que compiten el aseo, la salubridad y la comodidad; visitamos los comedores y las cocinas; se nos dió cuenta de la alimentación que se reparte á los asilados, y francamente debemos confesar que nuestros hijos tienen derecho á envidiar á esos hijos de la Caridad cristiana que el mundo abandonaría si la Cruz no los hubiera elevado á la categoría de aristócratas de la humanidad.

A esos que no tienen nada les da el Asilo, por de pronto, un palacio para vivienda, una comida sana y abundante, una cama de hierro con colchón de muelle, y el mejor templo de Madrid para que alaben á Dios por los beneficios que les dispensa.

A esos que son ignorantes por su edad les da el Asilo conocimientos sólidos, en lo que el hombre necesita saber con más empeño, y un oficio con que ganarse la vida honradamente en el porvenir.

A esos que son obreros los convierte en capitalistas, ahorrándoles los jornales desde que empiezan á ganarlos, para entregárselos íntegros el día que salgan del Establecimiento.

A esos que son pobres no se les ocurrirá sublevarse contra los ricos, porque además de que su fe religiosa les enseña á ser dóciles y resignados con su suerte; además de que tienen un oficio, una instrucción y un pequeño capital con que hacer frente á las necesidades de la vida, saben que los ricos han contribuido en gran parte á levantar ese Establecimiento que les ha proporcionado todo lo que tienen, y como la caridad de los ricos es el medio mejor para evitar las sublevaciones de los pobres, no hay miedo de que la víbora de la ingratitud anide en el corazón de los asilados.

Y he aquí contestadas prácticamente y de una manera tan sencilla como encantadora, esas pavorosas preguntas que se hacen los estadistas modernos cada vez que el monstruo socialista levanta su cabeza irritada para morder en las entrañas de esta sociedad que rechaza á Cristo.

¡Ah, los grandes problemas sociales! ¡A qué poca cosa quedan reducidos cuando se los somete á la decisión de la Iglesia santa ó se los entrega á los fecundos, generosos y heroicos procedimientos de la Caridad!

Todas las dificultades desaparecen ante el amor de los hombres por el amor de Jesús; toda desigualdad se nivela ante el establo de Belén y ante la modesta carpintería de Nazaret. ¿Quién habla de siervos ni de clases desheredadas en el seno del catolicismo? Aquí no hay más que hombres libres, herederos por igual de todos los beneficios de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad; aquí todos se llaman hermanos, porque todos tienen un padre común, que es Dios en el cielo, y el Papa en la tierra; aquí la pobreza y la orfandad no son desdichas sino privilegios, y privilegios tan grandes, que para la pobreza y la orfandad se levantan estos soberbios edificios, estos lujosos templos, que hoy como ayer y como siempre, desde el tiempo de la Cruz, son milagros perennes, son páginas inmortales de la historia gloriosísima del cristianismo.

Bendigamos una y mil veces á Dios que nos ha hecho nacer en el seno de una Religión donde estos portentosos milagros son obra de todos los días, de todos los países y de todos los pueblos, porque los produce el mismo espíritu creador, porque surgen de la misma fuente, que es el Corazón Sacratísimo del Divino Maestro.

Bendigamos á Dios incesantemente, y pidámosle que mueva el corazón de los poderosos á fin de que, imitando á las nobilísimas personas mediante las cuales se ha levantado el Asilo de Huérfanos, contribuyan á engrandecerle y funden otros nuevos en las demás provincias de España, en que se vayan formando generaciones cristianas de obreros inteligentes é instruidos, contra los cuales se estrellen los planes diabólicos de esas abominables sociedades que han declarado guerra á muerte á toda fe, á todo poder y á toda institución honrada.

El mundo entero atraviesa una crisis erizada de peligros y dificultades. Donde quiera que se vuelvan los ojos se ve el temeroso oleaje de ese turbulento mar de trabajadores que quiere romper sus diques é invadir con ímpetu asolador ciudades y campiñas, palacios y templos, reduciéndolo todo á cenizas.

¿Hay algún remedio para salvar al mundo de este peligro? Contestamos sin vacilar que no hay más que uno: la Caridad cristiana en sus infinitas manifestaciones, y sobre todo en esa de que es gallardo y elocuentísimo ejemplo el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón.

VALENTÍN GÓMEZ.

## IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DEL MISMO NOMBRE

### I

**S**í es cierto que los corazones cristianos hallan en nuestros días frecuentes motivos de dolor y desaliento contemplando las ruinas amontonadas por un siglo de vandalismo revolucionario, también es innegable que en medio del estrago y de la persecución, cuando parece haberse ensañado de la sociedad el espíritu pagano, que intenta borrar de la tierra el nombre de Cristo y las huellas de su Iglesia, brotan de la inagotable fecundidad de la sociedad cristiana flores y frutos, alimentados con la antigua savia de la piedad, que si no bastan á reparar los daños de la persecución, sirven á lo menos para demostrar que no ha muerto el espíritu cristiano, y que renacerá en su día con la fuerza incontrastable de la virtud divina que ha de renovar á Europa.

Muchos años, acaso algunos siglos pasarán antes de que se vuelva á cubrir con aquel manto de iglesias de que se vistió en la Edad Media: la impiedad las ha destruido á centenares, sin atender al mérito artístico ni á los recuerdos históricos en ellas vinculados, y como la destrucción ha coincidido con la renovación del espíritu pagano en las costumbres y la transformación profunda de la riqueza pública, la edificación de nuevos templos que reemplacen á los antiguos es empresa larga y difícil, que la Providencia confiará á otras generaciones menos egoístas que la nuestra y más dignas de esta gloria.

El espléndido jardín de la sociedad cristiana ha sido destrozado, sus árboles seculares yacen por el suelo, y los que quedan en pie no cobijan ya aquellos feraces campos sobre cuyos tapices se reflejaban sus ramas, cubiertas de flores y frutos abundantísimos; con harto esfuerzo y no siempre con éxito, se ensaya el levantar algunas plantas caídas; pero la restauración verdadera, la renovación anhelada no hay que esperarla por ahora, porque ella ha de venir con una transformación completa de la sociedad moderna, que todavía se columbra muy lejos. Hay que contentarse con ver brotar de entre las ruinas flores engendradas con la antigua semilla, que aunque no tengan las proporciones gigantescas de las que ha destruido el huracán, muestran por lo menos su abolengo nobilísimo y prueban á los ojos menos perspicaces que no se ha extinguido la especie. El jardín habrá quedado destruido, pero no yermo: sobre los troncos secos de los árboles caídos y sobre los escombros de los monumentos que allí levantó el genio cristiano, abre al sol sus hermosas hojas y esparce al aire su aroma dulcísimo la flor de la *Esperanza*.

### II

Con estas reflexiones hemos visitado varias veces, recibiendo inefables consuelos, la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, que, como parte importantísima del Asilo de este nombre, se acaba de inaugurar en esta Corte el día 2 de los corrientes. No es una catedral como lo de Burgos ó Toledo, no es una fábrica de cantería que añada á las galas de la forma la garantía de su duración secular, no es un monumento arquitectónico que sume el trabajo de muchas generaciones, no es un museo que guarde obras escogidas de los artistas contemporáneos, no es nada de esto, y sin embargo, en su estilo, en su plan, en su ornamentación, en su conjunto y en sus pormenores reúne cualidades de primer orden, en las cuales se extasia la vista y se columbran nuevos triunfos para el arte cristiano. La iglesia, obra del insigne arquitecto que ha proyectado la de la Almudena, del Excmo. Sr. Marqués de Cubas, pertenece al más puro y rico estilo ojival que floreció á fines del siglo xv y primeros años del xvi. Pero no vaya á creerse que es obra contrahacha de las muchas que hoy se levantan pretendiendo copiar los monumentos de la Edad Media, obras sin originalidad, sin color y sin vida, que más bien parecen confección de repostería que concepción arquitectónica; no: la nueva iglesia con que Madrid puede ufanarse, es una obra inspirada en el gusto ojival, en los ideales, como ahora se dice, de aquel arte admirable que brotó al calor de una fe robusta y de una cultura teológica en los siglos de las Cruzadas y de la Escolástica, de San Luis y de Santo Tomás; pero inspirada como puede inspirarse en ella un artista del siglo xix, que recoge de aquel inagotable jardín de flores artísticas las más bellas y convenientes á su objeto, que las ordena y combina con gusto propio, que les infunde su espíritu, que las anima con su genio y que las ofrece en la manera más propia y adecuada al público que ha

de contemplarlas, para que pueda gozarse en ellas, no como formas arqueológicas de un arte que pasó, sino como miembros vivos de una arquitectura simbólica y sublime, verdadero trasunto de la Jerusalén celestial, cuyos muros son de piedras preciosas, y de quien dice la Iglesia que está ornamentada como la Esposa del Cordero.

La arquitectura ojival, que supo realizar á maravilla el pensamiento arquitectónico del cristianismo, tiene, como es natural, siendo arte tan rico, formas propias para las diversas necesidades de la vida social y para los distintos objetos del culto divino, y por eso nunca nos cansaremos de reprobamos ese afán desatinado de algunos artistas modernos que, llevados del inocente deseo de ojivarlo todo, lo mismo trazan el plan de una iglesia que el de un palacio, los miembros de un altar que los diversos objetos del culto: mucho pináculo, mucha crestería, prolijidad de arcadas ojivales y de columnitas en haz, grecas y rosetones sin medida, resultando de aquí una confusión que maree, una monotonía que cansa y, si es lícito decirlo así, un ojivalismo sobón y antipático aun para los más entusiastas del arte de la Edad Media.

Las obras del Sr. Marqués de Cubas son protesta viva contra ese ojivalismo amanerado y *cursi* que tan duramente censuramos: porque él ha estudiado profundamente el arte cristiano y lo ha estudiado como lo sabe estudiar el genio, asimilándose su espíritu y penetrando en el sentido de sus formas; lo ha estudiado, más que en los libros, en los monumentos originales; ha sentido y ha meditado á la sombra augusta de las antiguas catedrales, aspirando ese aroma que parece brotar de sus piedras y que no perciben todos, pero que embriaga el corazón de los que lo sienten, y saturado en él ha sabido infundirle á las obras que ha hecho, creando en el estilo ojival, á pesar del rigor de sus fórmulas, iglesias originales, donde se respira el mismo ambiente de los antiguos monumentos cristianos. No hablemos aquí, porque no es esta ocasión, de su proyecto de la Almudena, monumento admirable que nada tiene que envidiar á los que nos ha legado la Edad Media; pero en las capillas que levanta para diversos establecimientos de piedad ó de caridad, luchando con dificultades materiales, para otros invencibles, refleja tan admirablemente su genio y su carácter, que son como valiosos modelos de obras de más importancia y reflejo exactísimo de su escuela de restauración gótica, verdaderamente original. Entre estos modelos ocupará desde hoy el primer lugar la iglesia del Asilo.

### III

Consta de una nave de 30 metros 53 centímetros de larga, por 15,76 de ancha, á la que precede un sencillo pórtico rectangular de 5,45 de ancho por 9,76 de largo, elegantemente artesonado, desde el cual, por severo cancel, se pasa á la iglesia. La entrada se hace por una puerta que, enfrente del altar mayor, ofrece una decoración bellísima de columnas, trepados, hojas treboladas y de cardo formando esbelta ojiva, exornada de toques dorados. Sobre elegantes hornacinas, y completando su decoración, se alzan las efigies de la Fe y de la Caridad, bajo cuyos auspicios se ha erigido la iglesia.

Esta amplia nave, de 21 metros 50 centímetros de altura, está cortada por un crucero de 9,76 de ancho, desde el cual arranca la capilla mayor, y á la que se sube por un escalón, sobre el cual corre la barandilla de roble calada.

El pavimento de la iglesia es de mármol de Italia hasta el presbiterio, que lo tiene de maderas finas, elegantemente ajustadas en rombos. La nave está dividida en tres crujeas ó secciones, con sus respectivas bóvedas en arista, cerradas por claves rematadas en forma de piñas. La primera sección comprende en su parte superior el coro y debajo el pórtico. El coro es muy amplio y recibe la luz del hermoso y esbelto ventanal de la fachada, que mide 3 metros 8 centímetros de ancho por 9,20 de altura. El antepecho del coro es de piedra, y en él se ve graciosamente calada la siguiente inscripción en caracteres góticos: *Laudate Dominum omnes gentes*, aludiendo á las alabanzas que desde allí se tributan al Señor con los cánticos religiosos y las armonías de la música sagrada.

En la segunda y tercera sección de la nave se abren sendas ventanas sobre los muros laterales de 2 metros 5 centímetros de anchura por 7 metros 5 centímetros de altura, con elegantísima vidriería de colores, resaltando en los tres vacíos de cada una las imágenes de los santos de otros tantos bienhechores de la Iglesia. En la primera de la izquierda Santa Cecilia, Santa Matilde y Nuestra Señora del Consuelo; en la siguiente San Francisco de Asís, Santa María Salomé y San Luis Gonzaga; en las de la derecha San Matías, San Andrés y San Pablo, y



en la siguiente Santa Isabel de Portugal, la Purísima Concepción y San Carlos Borromeo.

En las ventanas pequeñas del crucero y en las del ábside lucen los preciosos ornatos de flores, grecas y ángeles que son tan característicos de las cristalerías de colores de los siglos xv y xvi.

Las paredes, bóvedas y columnas ostentan delicadamente dorados los filetes que imitan las juntas de las piedras, y en todos los vértices de estas mismas juntas aparece estampada una pasionaria, resultando de tan feliz combinación un conjunto brillante, espléndido y rico, como símbolo de la Jerusalén celestial, de quien celebra la Iglesia, no sólo el bruído de sus hermosas piedras, sino que también la elegancia y perfección de sus juntas incomparables. En este punto el marqués de Cubas ha sabido aprovechar una de las galas de la arquitectura gótico-florida, empleándola con carácter propio y con un sello marcadísimo de originalidad y de gracia que sorprende a cuantos visitan la iglesia del Asilo, incluso a los que conocen esta rica decoración de los monumentos del estilo ojival en su tercera época. Completa esta ornamentación el pintado y dorado de las pías de las claves y arranques de las aristas de la bóveda, y especialmente losuntuosísimos marcos labrados de portadas y tribunas, que son ejemplares bellísimos de la escultura ojival, donde la vista se recrea contemplando los caprichos de un lápiz habilísimo, las delicadezas de un buril experto en seguir las líneas del dibujante y los resplandores de un pincel de fuego que ha cubierto de hermosos matices rojos y dorados tan graciosa y espléndida filigrana.

Sobre la tribuna del crucero del lado del Evangelio, descansando en elegantísimas repisas, irguese el ángel del Paraíso, y en la otra el del Juicio Final, formando como el pináculo de aquella decoración exuberante, y a ambos lados respectivamente, en línea inferior, dos en cada una, los cuatro Evangelistas. Estas tribunas están voladas por fuera, buscando la visual del altar mayor, y el calado de su antepecho es obra preciosa de talla que completa el efecto de toda la portada.

Pero la obra más delicada y hermosa, el punto capital de la obra, como que es el corazón del santuario y el término de todas las miradas, es el presbiterio: el arquitecto ha desplegado en él cuantas galas le ha ofrecido el estilo ojival florido, frizando ya con los albores del Renacimiento. Es poligonal, compuesto de siete lados; en los primeros se abren dos puertas, y sobre ellas dos tribunas notables por la delicadeza de sus marcos, que rematan en riquísima crestería, cuyas grecas y filetes dorados se destacan sobre un fondo de precioso brocado; en los segundos sendos ventanales de un solo vano con floreada vidriería; en los tres del centro, desde la altura del zócalo, cubren las paredes una acertada imitación de paños brisados en oro sobre fondo carmesí, que imitan a maravilla las antiguas tapicerías de seda y sirven para realzar el magnífico tabernáculo que ocupa el centro del ábside. Por encima de estos paños, destacándose sobre la aguja del tabernáculo, corre un orden de hornacinas pintadas y doradas, que termina en elegante crestería, y en donde sobre altos repisones descuellan los santos protectores de la casa. Sobre el lado del Evangelio, San Crispín, patrón de la zapatería; San Ernesto, santo de la fundadora, y San Jerónimo, abogado de los encuadernadores. En el lado de la Epístola, San Juan Anteportam-Latinam, patrón de los tipógrafos, Santa Isabel de Portugal y San Estanislao Obispo, santos de insignes bienhechores del Asilo. En el centro, ocupando toda la anchura del arco central del ábside, aparece un cuadro de alto relieve que representa la aparición del Señor a la beata Margarita María Alacoque. Por debajo de este orden de hornacinas se lee sobre un friso en caracteres rojos: *Per viscera misericordiae suae visitavit nos Deus et fecit redemptionem populo suo Alleluia*. En medio del presbiterio, como hemos dicho, desollando en medio de una armadura también poligonal, de roble con filetes dorados, sobre la cual corre una línea de candeleros y se alzan las estatuas doradas de seis ángeles, y de la cual penden ricos cortinones de terciopelo carmesí con franjas de tapicería, que ocultan el coro, se alza el altar mayor, que es obra digna de tan hermoso templo. La mesa es de mármol, ofreciendo al frente una serie de columnitas que permiten ver en el fondo un tablero calado de mármoles blanco y rojo. Sobre la esbelta gradería se irgue como llama de fuego el dorado tabernáculo, en cuyas esbeltas hornacinas y bajo calados doseletes se ven las estatuas también doradas de cuatro Apóstoles y de cuatro Doctores de la Iglesia, los más devotos apologistas del misterio eucarístico. Sobre la puerta del sagrario se han colocado los discípulos de Emaús. Los objetos del culto que enriquecen esta iglesia

son adecuados al estilo general y dignos de su magnificencia. Las pilas del agua bendita, de mármol blanco con inscripciones de relieve en la cintura de la pila, descansan sobre bellísimas columnas y graciosos capiteles; los confesonarios son dos obras preciosísimas por el trazado y por la limpieza de la talla, rematando en esbeltos pináculos que realzan sus pormenores y parecen doblar su altura; el púlpito, situado en el vértice del ángulo inferior izquierdo del crucero con la nave, es también de madera tallada y lleva filetes dorados en la arquería del pasamanos de la escalera y en las molduras del antepecho principal, lo mismo que el tornavoz, cuyos pináculos son elegantísimos sin ser recargados; el facistol de aspas de hierro retorcidas y acicaladas, con tirante de cuero estampado; el sillón de nogal para el oficiante, de rica talla y de la forma de las antiguas sillas curules, cuya tradición conservó la Edad Media; por último, las ocho lámparas que adornan la capilla mayor, vasos sagrados, ciriales, todo responde al mismo estilo y completa el efecto magnífico de la iglesia ojival. Réstanos citar los dos altares laterales adosados al muro del crucero paralelo al altar mayor. Son las mesas de roble, y los retablos, con su dorada caja que ciñe graciosa moldura y termina en pequeñas agujas, ostentan el de la derecha las imágenes de San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, a los lados, y en el centro en mayor tamaño la de San José con esta inscripción: *S. Joseph fili David, sponse Beatae Mariae Virginis, ora pro nobis*. El altar de la izquierda está dedicado a la Purísima Concepción, que campea en el centro, y a los lados se ven las efigies de Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Borja con esta leyenda: *Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis*.

## IV

Temerosos de haber fatigado la atención de nuestros lectores, sin haber logrado describir la iglesia, vamos a terminar este artículo citando un monumento sencillo y elegante, pero sobrio y parco de ornatos, que se ve en el fondo del ala derecha del crucero, debajo de un hermoso medallón de alto relieve que representa a la Santísima Virgen con su divino Hijo en los brazos. Este monumento consiste en una bruñida losa de mármol blanco con este epígrafe en caracteres góticos:

*A Ernestina Manuel de Villena,  
Fundadora de este Asilo.*

8 de Septiembre de 1830. † 27 de Enero de 1886.

Esta lápida cubre el hueco que se destina a contener los restos mortales de la heroica fundadora del Asilo, cuya memoria vivirá siempre vinculada a esta Casa, que fué su hogar adoptivo y debía ser su sepulcro.

Cuando en estos días de la dedicación de la iglesia veíamos las avenidas del Asilo tan concurridas y bulliciosas como una romería; la campana del nuevo templo volteando apresurada sobre la erguida espadaña, convocando a la fiesta al pueblo cristiano; la iglesia, adornada como Esposa del Cordero y resplandeciendo a la luz del sol; teñida con los mil matices de las vidrieras, y a la de las velas, encendidas en los altares; cuando oíamos el órgano inundando de dulces armonías la nave y las voces de los cantores resonar como ecos celestiales en las altas bóvedas; cuando veíamos a príncipes de la Iglesia oficiando en el presbiterio, a la muchedumbre apiñada cubriendo por completo el blanco pavimento de mármol y a los pobrecitos huérfanos ocupando dos de las regias tribunas, como hijos de príncipes, pensábamos en aquella frase de Ernestina que tantas veces oímos de sus labios: «¿No es verdad que todo esto es un magnífico sermón sobre la Providencia?»

En efecto, sermón elocuentísimo sobre la Providencia contestábamos una vez más mirando aquella lápida sepulcral que nos recuerda la prematura muerte de Ernestina, sermón que ofrece a los entendimientos más obcecados por las alucinaciones del mundo, un testimonio palpable de esta sentencia del *Eclesiástico*: «La bendición de Dios se apresura a recompensar al justo y en breve tiempo le hace crecer y fructificar.»

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

## FIESTAS EN LA DEDICACIÓN DEL TEMPLO

DEL

## ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESUS



As solemnidades religiosas que la piedad de las Señoras de la Asociación del Asilo del Sagrado Corazón de Jesús acaban de celebrar, han dejado en el corazón de

todos los que las han presenciado hondas é imperecederas huellas. Hoy que el mundo se regocija con el lujo y esplendor de las fiestas profanas con que solemniza los acontecimientos en las cuales vierte a manos llenas sus caudales y consume su actividad para lograr la dicha de unos momentos, el favor y la fama de sólo un día, es cosa grandemente consoladora y laudable ver un grupo de Señoras en el auge de su juventud ó de su felicidad terrena separarse de aquella dulce é irresistible corriente que lleva a las almas en pos de doradas ilusiones, recogerse bajo las severas bóvedas de un templo y orar humildes con todo el fervor de su corazón por el triste, por el enfermo, por el desvalido, dirigiéndose en su nombre al Dios de las misericordias.

No son estas solemnidades, ni estas ocasiones de las que disfrutan exigua vida en nuestros recuerdos; por su índole religiosa van dirigidas a lo más recóndito del alma, y en ella quedan perdurablemente como una flor siempre lozana; por la caridad y amor de que son manifestación palpable, llegan a las fibras más delicadas del sentimiento, y sabido es que aquello que tan hondamente nos impresiona y al propio tiempo nos engrandece, está destinado a vivir eternamente en la memoria.

Espectáculo profundamente conmovedor hemos presenciado: allí unidas las almas en los mismos sentimientos, a la voz elocuentísima de reverendos sacerdotes y Prelados, cuyos labios gustan todos los días y dan a gustar la dulce miel de la sabiduría infinita; congregados todos en aquel templo que parece haber surgido de la tierra como las plantas, fecundado por el benéfico sol de la caridad cristiana, resonando en aquellas artísticas bóvedas, mezclado con el murmullo leve de la plegaria el eco de celestiales armonías; las galas de la solemnidad con elegante sencillez ostentadas; la felicidad de un bien tan grande pintándose en los rostros de las Señoras; el público ferviente y conmovido, todo, todo ha llenado nuestra alma de inefables sentimientos.

A los ocho de la mañana del día 2 de Julio, celebró el Santo Sacrificio de la Misa el Excmo. y reverendísimo señor Nuncio apostólico de Su Santidad, recibiendo las Señoras del Sagrado Corazón la Comunión y los niños del Asilo, algunos de los cuales se acercaban por primera vez a la Sagrada Mesa.

A las diez de aquel día, expuesta Su Divina Majestad, que permaneció manifiesto todo el día, se cantó la Misa oficiando de pontifical el Excmo. señor D. Antonio Ochoa y Arenas, Obispo de Sigüenza, y predicó el Dr. D. Benigno Cairanga un sermón lleno de bellísimos ejemplos para probar que aquel Asilo y aquella iglesia eran verdaderamente obra de Dios, terminándose la función religiosa de aquella mañana con un solemne *Te Deum*.

Por la tarde, después de la Estación y Santo Rosario, predicó el Sr. Cura ecónomo de la parroquia de San Luis, D. Carlos Díaz Guijarro, enalteciendo el celo y caridad de la fundadora del Asilo, y considerando aquella obra como hermoso fruto del amor cristiano, y por última solemnidad de este día dió la bendición el mismo Excmo. Obispo de Sigüenza, por no haber podido asistir a darla el Emmo. Sr. Cardenal Payá.

En los días siguientes, 3 y 4, hubo Misa solemne, con la Augusta Presencia de Jesús Sacramentado, y por la tarde Estación, Santo Rosario y sermón, que el día 3 estuvo a cargo del Sr. Cura ecónomo de la parroquia de San Sebastián de esta Corte, D. Antonio González Amor, y dió la bendición el Rdo. P. Mir, de la Compañía de Jesús, y el día 4 al del Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca, el cual, con la unción que le es propia, ponderó el carácter providencial de aquella obra, ensalzó dignamente las grandes virtudes de la fundadora, y terminó recomendando a las Señoras la perseverancia en la buena empresa, tan gloriosamente coronada. Después dió la bendición el Excmo. é Ilmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en esta Corte.

A todo estos cultos ha asistido inmenso concurso de fieles, saliendo edificadas de la fiesta y prendados de la belleza del templo, que debe contarse entre los mejores de Madrid por su estilo y ornamentación arquitectónica.

LUIS PÉREZ RUBÍN.

## UNA OBRA DE AMOR



Como los primeros destellos de la aurora después de dolorosa angustia, son los niños para el padre amoroso en las tristes realidades de la vida.

Sus juegos y la sonrisa inocente que se dibuja en sus labios hacen olvidarlo todo y animarse el espíritu más abatido, y su alegría es como bálsamo



reparador y tentación irresistible á veces de formar coro con ellos en sus sencillos goces.

Ved si no aquel niño infeliz que hallamos en nuestro camino por el mundo en las primeras horas del día. Pobre y todo, con su alforjita al hombro y pidiendo una limosna para su padre enfermo ó su madre desvalida, vemos que se pára ante otros niños, á quienes contempla cómo corren, saltan y se divierten en la plaza ó en la vía pública. Míralos con envidia y sonrísese al verlos, y siente deseos de asociarse á sus juegos, olvidando acaso y por un momento la distancia que le separa de ellos, pues por sus trajes se conoce que más afortunados gozan de cierta holgura y bienestar.

Es verdad que luego su semblante recobra aquel tinte singular, sello especial de su infortunio, pero siempre hay en su corazón risueñas esperanzas, dulces sentimientos dispuestos á manifestarse según el impulso que reciban de afuera.

Así es, porque yo al ver un niño en el abandono de la miseria me conduelo amargamente: veo aquel sér inocente y sensible y dócil expuesto á las seducciones de toda clase.

Mi pena se acerba cuando le oigo decir que no tiene padres. ¡Triste angustia, negro porvenir! ¿Adónde irá? ¿Qué camino va á seguir? ¿Quién será su guía...?

¡Oh, el mundo! Si tanto hay que saber y conocer para andar por él sin tropiezos ni caídas... ¿qué va á hacer el pobre huerfano...?

Habrán cosas grandes, de interés sumo, obras que llevar á cabo en la sociedad en que vivimos, inapreciables y santas; pero más santa é inapreciable que la de acoger y dirigir al niño huérfano ó abandonado no hallo otra en el mundo.

Alta y nobilísima misión es guiar á los niños por el camino de la vida. Las impresiones de los primeros años no se borran jamás; podrán ocultarse, parecer como dormidas en ciertos períodos y cuando reinan las pasiones ó dominan la voluntad, pero despiertan y recobran imperio en momentos supremos ó decisivos de la existencia.

Raro es el hombre disipado que al fin ó al medio de sus días no vuelva á recordar los dulces recuerdos de su infancia y no desee complacerse en ellos.

¡Ah! entonces si su corazón fué educado en las santas máximas de la Religión cristiana y en los ejemplos de la virtud, con placer se acogerá á ellas, y ellas le salvarán. ¡Cuántas pruebas de esta verdad no estamos viendo cada día! La historia cuenta en sus páginas numerosos hechos que sería prolijo narrar aquí: no es necesario que vayamos ahora á cansar al lector revolviendo aquellas páginas; todos más ó menos contamos á buen seguro, entre nuestros recuerdos, historias breves, de esas que pasan en la vida humana, que confirman nuestro aserto.

Todavía recordamos el joven sin ventura que olvidándose en su loco frenesí de las santas lecciones de su madre, ó del piadoso asilo que le sirvió de cuna, corrió desalentado por el camino del vicio, y como en hora feliz sintió latir su corazón á impulsos de la gracia que traía á su memoria aquellas enseñanzas, repitiendo después sus labios, con fervor inusitado, las tiernas y sublimes oraciones que oyera á su madre, ó cantara tantas veces en el benéfico asilo, con otros ciento que allí se albergaban.

Así es como vemos renacer á la vida tantos que andan por caminos de perdición; los cuales dan testimonio de cuán necesario es encaminar á los niños por las sendas de la virtud y ampararlos en su orfandad, dándoles un asilo en lugar del que han perdido y las saludables lecciones que no pueden oír, por su desgracia, de los labios de su buena madre.

Es esta la más grande obra de amor y que mejor responde con su origen divino: amar ardientemente es tener caridad, vencer el fatal egoísmo que nos domina á todos.

Alguna vez hemos de hacer alto á las complacencias de nuestros caprichos. ¡Nos debemos tanto á Dios y á nuestros semejantes, que no hacemos mucho en consagrar nuestro pensamiento y sacrificar nuestros deseos y ambiciones en socorro y amparo de los pobres huérfanos!

¡Qué vale todo cuanto podamos hacer á lo que estamos obligados en gratitud al amor que Dios nos dispensa!

Los niños son los seres de su mayor predilección; todos los sabemos por haberlo leído en su santo Evangelio, y no necesitamos saber más para que en la medida de nuestras fuerzas sean también nuestros amigos predilectos.

Todavía recuerda con dolor mi corazón la pérdida de un sér querido de mi alma que el Señor quiso llevar para sí en la edad de la inocencia ¡qué amargura! pero qué consuelo al considerar la gloria de que goza y la protección que desde allí debe dispensar á los que le han dado el sér!

Ninguna honra ni gloria hay en el mundo que pueda igualar á la que los padres reciben de sus hijos que Dios ha llevado con la gracia bautismal. No hallo palabras con que explicar los sentimientos que esta idea trae á mi espíritu; y sólo me lamento de que mi limitada razón y las afecciones humanas no me dejen ver ni penetrar bien toda la felicidad que he alcanzado.

Pero esta dicha no está sólo reservada á los padres que lo son por naturaleza, sino que también puede extenderse á los que quieren serlo espiritual ó moralmente. Los que de alguna manera socorren á los acogidos en los benéficos asilos donde se ampara á los niños huérfanos, tienen con seguridad participación en los ruegos de esas almas inocentes y bienaventuradas que han volado al cielo al comenzar su vida dentro de la casa-asilo donde fueron acogidos.

¿Cómo se han de olvidar ellos de los que con mano pródiga han acudido al remedio de sus necesidades, fundando ó contribuyendo á facilitarles hogar en que vivir, el alimento que los sostiene y la doctrina que les dirige é ilustra en los dos caminos de la vida?

Lo más digno de estimación para un cristiano es atesorar buenas obras, adquirir almas gratas que puedan facilitarle el camino para la gloria; y no es, en verdad, tan llano y hacedero que no necesitemos apelar á todo cuanto nos sea posible hallar que conduzca más derechamente á este objeto: las obras de amor, de caridad y de desprendimiento para con nuestros prójimos, son como alfombras de flores que embellecen y llenan de suavísimo aroma nuestro paso á la otra vida.

Desde el cielo, donde les habrá llevado su inocencia y la gracia recibida en el Bautismo, verán los peligros que nos rodean y pedirán á Dios auxilio y misericordia para nuestras pobres almas.

Porque en el cielo estos seres glorificados con la visión beatífica que los justos gozan, entenderán toda la extensión del beneficio recibido y no cesarán de pedir.

Bien es verdad que en el mundo son muchas las contrariedades y miserias, y las pasiones no ayudan poco á que pongamos nuestra atención, más que en nada en nuestros propios deseos y afecciones egoístas; pero obran tan á lo vivo los sentimientos del alma hacia los niños, que á no tener perdido por completo el corazón es imposible resistir á la impresión de sus encantos; con esto podemos contribuir también á dominar los malos instintos y á perfeccionarnos en las buenas obras.

R. SEGADÉ CAMPOAMOR.

## UNA ESCRITORA CARMELITA DESCALZA



Hay familias á cuyos individuos da con mano paternal abundantes gracias el dispensador de todos los bienes; y cuando se tiene venturosa ocasión de conocer alguna de las moradas que así se ven favorecidas por la divina Misericordia, la viva emulación de acumular virtudes, que forma el fondo de la vida en los habitantes de hogares tan felices, es prueba elocuente de que allí, con señalados beneficios, tiene gustosas predilecciones el Modelo divino de la perfección, el Maestro de toda santa doctrina. De una de estas familias procedía la religiosa carmelita cuyo recuerdo motiva este ligero apunte.

Más ennoblecida su casa paterna que por sabidos nobiliarios timbres, por los del trabajo inteligente y probo, que acumula caudales con que procurar el bien de muchos en las remuneradas tareas de cada día, y en su moral aprovechamiento, era en ella ejemplo de benéficas prácticas y de cristianas virtudes el Sr. D. José Muntadas; y á este varón insigne, modelo de jefes de familia y de ciudadanos católicos, concedió la divina Bondad que tres hijas suyas vistiesen el humilde sayal de religiosas, profesando la segunda en la Congregación admirable del Sagrado Corazón de Jesús, la tercera en la sagrada Orden de la Visitación de Santa María, y la primogénita entre las carmelitas descalzas, conocidas con la denominación de Justas, en un convento de Zaragoza, para gloria de Dios en el Carmelo, entre cuyas hijas cuentan los fastos literarios españoles escritoras memorables, de quienes es como fulgentísimo astro Santa Teresa de Jesús, á la manera que lo es el sol entre las estrellas del cielo.

La que se llamó en la casa paterna María, era entre sus dos hermanas quien parecía destinada á más breve paso por las austeridades santificadoras del claustro, aun cuando su no muy asegurada salud tuvo relativa firmeza durante algún tiempo en los interiores regocijos del místico desposorio que había con tan hondo anhelo deseado desde los prime-

ros albores de su juventud, mal avenida hasta con los lícitos pasatiempos mundanos y alejada de cuantas dichas terrenas pueden proporcionar las más excelentes dotes personales y muy ventajosas circunstancias de familia. Su misma hermosura debía servirle de incentivo para ofrecerla únicamente al Esposo que no puede mancillarla con castos arrobos de amor espiritual, glorioso vínculo de místicas bodas. Ignorando los halagos del mundo, pero desdeñándolos como pasajeros y falaces, vió siempre la felicidad verdadera en la pobreza, en la humildad, en la mortificación de la vida del claustro; y por esto, cuando desligada, en lo material humano, de los vínculos terrenos, ingresó en la casa religiosa de que ha sido ejemplo y gloria, su alma pura tendía el vuelo hácia las mansiones del Esposo inmortal, arrobada con el versículo del CANTAR DE LOS CANTARES, que declara *codiciada del Rey la hermosura de las hijas de Sión que por El salen de su tierra y dejan la casa de sus padres.*

Quien así amaba no habría de tardar mucho en recibir el premio de tan vivos anhelos. Una dolencia sin caracteres alarmantes fué anuncio de un próximo tránsito á las celestiales regiones en que se afanaba por penetrar con la mirada perspicaz de su fe y con el fuego de su amor; circunstancias peculiares de la enfermedad sirvieron de prueba á la ejemplarísima religiosa para demostrar la solidez de sus virtudes y la pureza de su alma; y una muerte sin dolores, sin agonía, con la sonrisa de quien se ve ya en el umbral de la felicidad eterna, privó á las hermanas Justas de un modelo que imitar, á la Superiora de la casa de una consejera en todo acertada y segura, y dió al Rey del cielo una alma más en las felices estancias de la gloria.

Estos ligeros rasgos, con que quedan apenas indicadas las excelencias de la religiosa, pueden servir de someros precedentes de lo que apuntar se debe al hablar de la escritora que ha compuesto el precioso libro intitulado: AVISOS PARA RELIGIOSAS ESCRITOS POR UNA CARMELITA DESCALZA DEL CONVENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS (DE LA JURISDICCIÓN DEL ORDINARIO), LLAMADO VULGARMENTE LAS JUSTAS, NOMBRE DERIVADO DEL DE SU FUNADOR, DEDICADOS POR LA AUTORA Á UNA HERMANA QUERIDA, Á SU INGRESO EN LA SAGRADA ORDEN DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA. Un tierno prólogo, un capítulo que trata del *fundamento de la libertad de espíritu en los tres votos de la religión* y de las *virtudes que le son anejas*, y otro más extenso probando que *el alma libre de la tierra y sus bienes se muestra hambrienta de las virtudes perfectas*, componen este interesante compendio práctico de la vida del claustro en sus aspiraciones á la perfección cristiana.

La continua lectura de los sagrados textos, el trato familiar con los grandes escritores místicos de la época más floreciente de las letras españolas, y muy en particular con las incomparables cartas y libros de la insigne fundadora de la Orden carmelitana descalza, debieron ser principal alimento del espíritu, abrasado en el amor divino, de la autora de los AVISOS PARA RELIGIOSAS; y sin embargo, el provechoso influjo de los escritos revelados y de tantos insignes modelos en las espirituales enseñanzas, al dictarle pureza y elevación en la doctrina, no ha encadenado de ninguna manera las propias inspiraciones, ni el carácter personal de la escritora.

Sor María de Jesús, que así era llamada entre las hermanas Justas, aunque nacida en la capital del antiguo Principado de Cataluña, ha compuesto en la lengua de Castilla un libro de numerosa y pura dicción, de correcto y elevado estilo, que avaloran sencillos pero profundos conceptos, ardiente fe, provechosas enseñanzas para la práctica de las virtudes, fervorosos acentos cuantas veces el amor de Dios mueve la pluma de quien siente abrasado su corazón al soplo encendido de místicos arrobos; y este pequeño volumen está tan henchido de selectas frases, precisando las que parecen verdaderas revelaciones, de doctrinas tan sólidas y firmes, que se creerían literalmente tomadas de los Santos Padres, si no llevasen el sello peculiar del entusiasmo femenino en la adoración más apasionada y tierna, caracteres propios que no podemos renunciar á transcribir, aun á riesgo de alargar excesivamente estos rápidos apuntes.

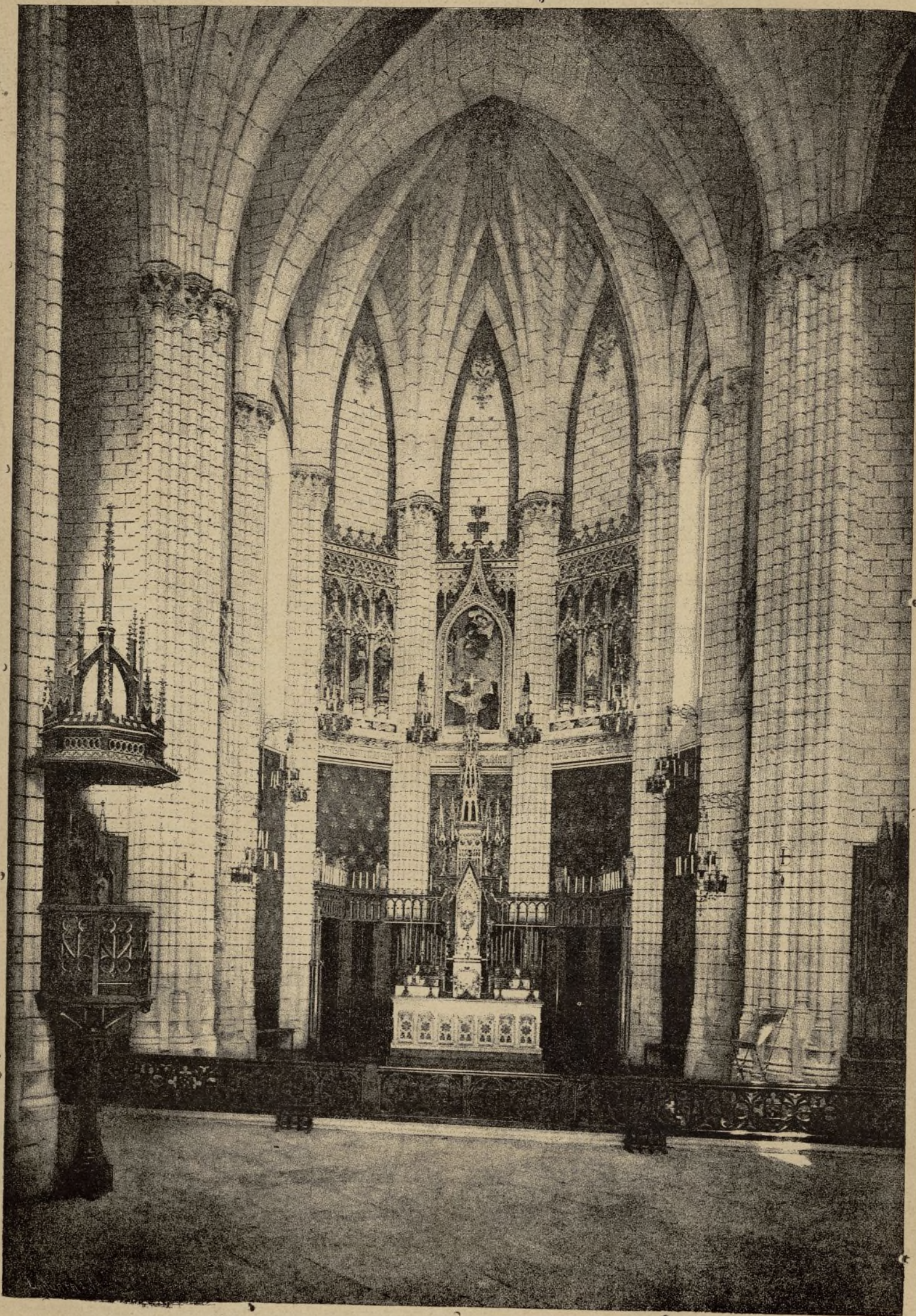
Demuéstrase ya en el *Prólogo* la animación en la frase que pinta el calor de los sentimientos íntimos, y comprobarán este aserto los pasajes siguientes:

« Cuando amigos del alma se separan, bálsamo es de sus corazones un recuerdo, una prenda, un adiós ó un convenio que, uniendo en un punto sus afectos, se enlacen en ellos los corazones de donde proceden, burlando la distancia que físicamente los separa. . . . .

« Yo, hermana querida, al separarme de ti en esta mor-



NUEVA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



VISTA GENERAL DE LA CAPILLA MAYOR Y CRUCERO DE LA IGLESIA.

(Fotograbadado directo del natural).



## NUEVA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



DETALLES DE LA IGLESIA Y ALGUNOS OBJETOS DEL MOBILIARIO SAGRADO.

1. Sillón del Preste. — 2. Una de las pilas del agua bendita. — 3. Facistol. — 4. Púlpito. — 5. Una de las lámparas del altar mayor. — 6. Tabernáculo del altar mayor. — 7. Fachada exterior del templo. — 8. Un confesonario. — 9. Puerta principal por la parte interior del templo. — 10. Planta de la igles'a. — 11. Una tribuna del crucero.

(Dibujo directo del natural, por el Sr. Cuevas.)



tal vida, cuando, dejándome en los claustros del Carmelo, veas abrir para ti el tranquilo recinto de la Visitación, y ya nuestra recíproca clausura nos prive de vernos y oírnos, quiero también dejarte un recuerdo y hacer contigo un convenio.

«Un recuerdo...! en estos cortos renglones que te ofrezco, fruto del tierno cariño que te profeso, por el cual deseo que tu alma guste los dulces frutos del místico enlace que vas a contraer con Jesucristo, cuya nobleza, riqueza y hermosura no bastaría lengua de serafín a bosquejarlas. El te las mostraré en el retiro de tu encierro cuando el mundo tal vez plaña tu suerte, y entonces hallarás en tu corazón cuán necio es su plañido y cuán dichosa tu ventura. En estos renglones, digo, he procurado mostrarte los medios y los escollos que pueden hacerte volar al cielo ó impedirte su camino, para que, abrazando los unos, huyas de los otros, y así seas siempre agradable al Esposo, que como tan digno merece las primicias y el fin de todas tus obras...

... Yo he pretendido en estas páginas enseñarte a salir de tu barro y de cuanto sabe á criaturas y gustos sensuales; pero no he pretendido siquiera tratar de la recompensa, que si esto haces, gozarás en breve, porque sólo Dios puede dar á sentir al alma cuán suave es para la que le busca y le prefiere á todo, y cuánta es la dicha de aquella cuya hermosura es codiciada por el Rey eterno.

«Este es, pues, el recuerdo que te dejo; pero el convenio será, no fijar la mirada en la fría y mudable luna, no; esto quédese para amores humanos que se enfrían y mudan como ella; sino en un sol que permanece, que no se muda, que calienta y vivifica; este es el Verbo del Padre, el Hijo de una Virgen; es Jesucristo, abreviado en el disco de una hostia consagrada.

«De este Sol en el pecho hagamos entrambas una morada; allí uniremos nuestras súplicas, nuestras mortificaciones y hasta el tierno amor que nos une, pues Jesús no ha venido á destruirlo sino á perfeccionarlo, espiritualizándolo. Allí, pues, viviremos juntas, hermana mía; ni la distancia producirá olvido, ni éste penetrará en tan divino asilo. Pero digo mal; recuerdo tener otra hermana del alma unida á Jesús con nuestros mismos lazos, y justo es no sea excluida del convenio, antes ella, que fué la primera en dejar el siglo, merece el primer lugar; su mismo nombre le da la preferencia, y pues lo es el de *Religiosa del Sagrado Corazón*, ¿quién mejor que ella puede enseñarnos á penetrar en Él? Ella escogió por asilo aquella santa sociedad donde, como nosotras, pasó tranquilamente los años de su infancia y adolescencia, y donde al par que ella respiramos el aroma de las virtudes de nuestras maestras las venerables religiosas, que, infatigables, consagraron á nuestra educación cristiana su salud y sus vidas. ¡Oh amable recinto! ¡oh casa verdaderamente inolvidable! ¡oh dulces días pasados tranquilamente placenteros en el Sagrado Corazón, bajo las miradas de las esposas de Cristo, constituidas para nosotras en cariñosas madres! ¿Qué mucho, hermanas queridas, que al trocar tan celestial asilo por el miserable mundo, que al salir de allí, cual la paloma del arca, no halláramos en el siglo donde posar nuestros pies y voláramos presurosas á otro nido, á otra arca? Una volviendo á su amado albergue, otra dirigiéndose á la altura del Carmelo, y tú, la más joven, al bello prado de la Visitación, para emprender un día más dilatado vuelo hacia el cielo, donde las tres nos juntaremos para cantar el *alleluia* sempiterno.

Difícil es leer libros compuestos por sencillas religiosas, henchidos de muy elevadas doctrinas y de conceptos profundísimos, cuando ni el influjo de los humildes orígenes familiares que tuvieron en el mundo, ni la muy limitada instrucción que después han podido recibir en el claustro entre numerosos y apremiantes deberes, pueden haberles servido de verdadera base, sin atribuir á los frutos de la oración, á las meditaciones que inspira un encendido amor á Dios tan maravillosos resultados. Muestra los ocultos tesoros de la ciencia divina, la unión del alma con su Criador en la gustosa elaboración de la mente, levantándose del polvo de la tierra á la contemplación del Sér increado en sus innumerables atributos; y la Divina Gracia multiplica las revelaciones en seres que así buscan el conocimiento de las divinas perfecciones para más cumplidamente adorarlas. María de Jesús había recibido la educación intelectual que puede servir de fundamento para brillar en el mundo entre las mujeres de su clase, pero no en el terreno de las ideas que hoy dividen á los hombres en incansables luchas; y, sin embargo, en el primer capítulo de sus *Avisos*, por la intuición que forma en el espíritu el uso de la oración mental, se hallan estos hermosos conceptos, definiendo la libertad evangélica.

«*Libertad de espíritu*, palabra tan en boga como poco comprendida; así llaman algunos á cierta osadía con que el alma traspasa los límites del deber, sin formar de ello escrúpulo ninguno; cierta ligereza en el hablar, que no mira cuanto debiera lo que profieren los labios; cierta despreocupación con que algunos creen que todo les es permitido, porque cualquier cosa que los mortifica ó refrena sus inclinaciones torcidas, la tienen por nociva y contraria á lo que ellos llaman libertad de espíritu y no es otra cosa que *disolución de espíritu*, muy contraria por cierto á la santa libertad del Evangelio, que tienen los hijos de Dios y que de un modo especial deben poseer las esposas de Jesús.

«*Libertad de espíritu* es tener dominadas y avasalladas todas las cosas temporales, mirándolas con el desdén que se merecen.

«El alma que quiere ser verdaderamente libre debe, ante todo, renunciar á su propia voluntad; á aquella voluntad

que nace de nuestras pasiones y malas inclinaciones, la cual nos haría torcer muchas veces en el verdadero camino. Pero como no es posible que el alma viva sin voluntad, de aquí es que debe buscar una que la dirija; ésta debe tomar por propia; ésta debe ser la de Dios, ante la que nuestra viciosa voluntad esté como el simulacro de Dagon, en presencia del Arca del Testamento; esto es, sin pies ni manos, echado boca abajo delante de ella; imagen esta expresiva de la muerte que debemos dar á nuestros deseos y apetitos, porque siempre reine en nosotros la voluntad del Señor.

Con singular abundancia de pensamientos exponen lo que es la verdadera pobreza evangélica; enumera con admirable atractivo las dulzuras de las mortificaciones para agradar á Dios; modelo de todos los sufrimientos; y de la obediencia y humildad acumula casos prácticos con reflexiones tan exactas, que son guía verdadera para ejercitar ambas virtudes. Pero donde se refleja vivo aquel amor que abrasaba el corazón de Santa Teresa, es cuando al hablar de los que, atentos á la ganancia hasta en el amor de Dios, no saben qué cosa sea servirle de balde, sólo por ser El quien es, exclama:

«¡Oh almas apocadas y cuán lejos están de lo justo! No consideran que pesando sobre ellas inmensos beneficios, ni con toda su sangre podrían pagar el infimo de ellos, ni satisfacer un átomo de su deuda, y apenas levantan una paja del suelo por Dios, cuando ya creen tenerlo por deudor y preguntan: ¿qué me daréis...? ¡Ah miserables! ¿no os da bastante el Sér infinito, el piélago de toda perfección, la hermosura increada, no os da bastante permitiéndolos que le sirváis, que le améis? ¿No hace bastante con humillarse á permitir esto á unas viles y despreciables criaturas que jamás han podido ser dignas de mirar la planta de sus pies y que muchas veces han merecido ser arrojadas al infierno? Y aun quedará valor para decir en haciéndole algún miserable servicio: ¿qué me daréis...? ¡Oh, qué me daréis! ¡Qué os daré yo, esto sí, Señor, qué os daré yo en agradecimiento de que queráis serviros de mí y aceptar mis pobres servicios y mi amor! ¡Oh, si yo pudiera morir de amor para pagaros el que me permitáis amaros! ¡Oh, si yo pudiera sacrificarme en un martirio para agradeceros el que os hayáis dignado poner en mí los ojos y escogerme para vuestro servicio! ¿Qué hice yo, Señor, para lograr tanta dicha?

«Una alma amante sólo desea por recompensa de sus servicios, de sus sacrificios, que el Señor le permita servir de nuevo, sacrificarse de nuevo, y con esto mismo cree contraer nueva deuda; cuanto más amante y abrasada, más obligada se reconoce. Ve claro que por heroicas que sean sus obras, por grandes que sean sus sacrificios, de su buen Dios ha descendido á ella la gracia, la fuerza, la perseverancia; y reconociendo en sí la incapacidad y la nada, y en su Señor todo el bien, su deseo por entero se enciende en ansias de servirle de balde.

«No busca tampoco una alma amante en el amor su propia satisfacción, su deleite; antes al contrario; si se le presentara un género de amor inflamado entre delicias y consuelos celestiales, y otro igualmente inflamado entre dolores y amarguras, y se le diera á escoger, nada dudaría en tomar para sí el postrero y dejar el primero; el amor escoge siempre lo más áspero porque expresa mejor lo que ama al Amado, y no puede haber en él resabio de amor propio. Al Amado sólo le ama porque le reconoce bien infinito, digno de infinito amor; y si para su gloria fuera menester la total y propia destrucción, con los brazos abiertos la esperaba el amante verdadero. Por ver que su Amado es ofendido vive traspasado, y por ver cesar el pecado en el mundo, diera mil vidas, y una que tiene la riega de lágrimas por lograr que alguna alma siquiera deje de pecar.

«Tengo por mi mayor deleite el amar y glorificar á Dios intensa y eternamente. Este es el cielo que me atrae, que me embelesa; eternamente me digo, esta alma y este cuerpo que aquí tengo, no se ocuparán en otra cosa que en amar á la Bondad infinita! ¡En alabar á la Sabiduría infinita! ¡En adorar á la Majestad infinita! Todo mi sér emplearse en Dios! ¡Y eternamente...! ¡Qué dicha! ¡qué nobleza! ¡qué grandeza! ¡qué reinar...! ¿qué vale en su comparación lo que el mundo tiene por grande y por noble? ¡Nada, nada, nada!

«Cuando la divina suavidad se comunica á una alma, el sacrificarse la extasia; el negarse á sí misma, el humillarse, el deshacerse, la anega en un piélago de júbilos; el nombrar á su Dios, el hacer por su amor alguna cosa, la inflama, la derrite; parece que el corazón quiere salirse del pecho y unirse ya para siempre con el objeto de su amor; el pensar en El es su único alivio, y la muerte su más dulce esperanza, siendo para ella cruel suplicio apartar un solo instante el pensamiento de su amado.

Y si buscare quien hábitos tenga de saborear los regalados acentos de Fray Luis de Granada ó de San Juan de la Cruz, los afectos fervorosos que estos místicos escritores transmiten á las almas; digamos lo que María de Jesús dice al recordar cómo considera el fervor verdadero.

«Mira, dice á su hermana, el tipo del más heroico fervor de espíritu en medio de la más espantosa desolación. Considera cuál fué ésta en Jesucristo crucificado, cuando la tierra no le dio más que tormentos; los hombres no le ofrecieron más que escarnios; su pobre Madre no pudo darle más que lágrimas; el cielo se le hizo de bronce, su carne se estremecía á la violencia del suplicio y el Padre le desamparó, y para que no lo ignoráramos, con un dolor sin igual le dice y nos dice: *¡Dios mío, Dios mío, por qué me desamparaste!* Este es el último trago de aquel cáliz de dolor y desolación, cuyo primer sorbo le hizo exclamar en el Huerto: *¡Triste está mi alma hasta la muerte...* Muere, está

mortalmente triste viéndose insultado del mundo, ve que su Padre le ha desamparado. Comparemos, comparemos á estos dolores nuestros dolores, y á este piélago de tristeza y desolación nuestras desolaciones y tristezas; veamos quién es, que méritos tuvo para ellas, y quiénes somos y cómo merecen las nuestras. ¡Oh...! ¿quién osará quejarse? Si El esto sufre, inocente, por mí, ¿qué no sufriré yo, pecador, por El ¡inocente! que paga mi pecado? Pero veamos aún cuál fué su fervor. *Sed tengo*, dice, porque hambre y sed tenía de glorificar á Dios su Padre; sed tenía de salvar á las almas; sed de prolongar sus dolores y sed de sufrir su desolación; sed de tragos más amargos que los que ya había apurado, y aquella sed le consumía...

Para los momentos en que se siente como desanimada el alma fervorosa, en que suelen sobrevenirle profundos desalientos al querer orar, encarga este medio poderoso de encaminar al Señor nuestras reverentes súplicas:

«Digamos, pues, *¡Padre nuestro...*! y muchas veces repetamos *¡Padre nuestro...*! y tal vez antes que sean muchas, ya nuestro corazón estará enternecido de ver quién es nuestro Padre...! si lo repetimos con reverencia y de corazón.

«Otras veces digamos: *Que estás en los cielos*. ¡Oh Padre que estás en los cielos ¿no te acuerdas de esta hija que está en la tierra huérfana de su Padre? ¿No me darás siquiera una gota de consuelo, cuando en la cárcel de esta vida todo mi bien y todo mi deseo eres tú? ¡Oh Padre, que estás en los cielos! Ea, pues, eres un cielo, llévame á ti, pues la hija ¿por quién suspira sino por su dulce Padre, y por un Padre que puede convertirla en un cielo...?

«Y pues eres mi Padre, y pues estás en los cielos, y pues eres un cielo de hermosura ¡ah! *santificado sea tu nombre*. ¡Cese ¡oh! cese, Padre mío, la blasfemia; cesen las lenguas maldicientes y murmuradoras que te ofenden; cesen las maldades todas de la tierra y así venga á nosotros tu reino, y caiga al abismo el trono de Satanás, que impera en el mundo; caiga la soberbia que te insulta, la avaricia que te hiere, la lujuria desenfrenada que infesta el orbe; quede sepultado en el averno cuanto á ti se opone: *Venga á nós tu reino*. Reina, domina, destruye. *Venga á nós tu reino*; y queden confundidos tus enemigos.

«Hagan todos los hombres tu voluntad; huyan del pecado; aborrezcan el vicio; destruyan las herejías; conocean todos los pueblos al Señor; sálvense todas las almas, pues á todas criaste para salvarlas; dejen los pecadores su mala vida y perseveren los justos en la justicia. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*! y pues tu voluntad es que todos amen al Padre como en el cielo, envía, Señor, envía luz á los ciegos para que le conozcan; contrición á los pecadores para que se arrepintan; misioneros á los infieles para que se conviertan. Piedad, Señor, piedad de tantas almas... misericordia, Señor; y si necesitáis víctimas, aquí estoy yo, sacrificadme; pero no impidan nuestras culpas que *se haga tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*.

«¡Oh! Pan suavísimo de Jesucristo, amasado con la sangre virginal de María, no te niegues á tu hija; ven, que tengo hambre; ven, que desfallezco, ¡oh Sacramento dulcísimo, único consuelo de la vida! *El pan nuestro de cada día dánosle hoy, Señor*, que sin Ti no hay alivio, sin Ti todo es dolor y pena; es verdad que he pecado; pero *perdonanos nuestras deudas*; que me pesa de ellas amargamente ¡ay...! pégue contra Ti; ¡ay! te ofendí. ¡Oh! ¡Quién hubiera dado mil vidas y sufrido otras tantas muertes antes que haberte herido! Llena de confianza, á tus pies postrada, te ruego me preserves y de nuevo *no nos dejes caer en la tentación*; sé mi amparo en ella, y *libranos de todo mal* en el alma y en el cuerpo. Amén.

Esta sentida glosa de la oración dominical pone término á los *Avisos para religiosas*; y habrá de perdonar quien los precedentes apuntes leyere, que se hayan acumulado extensos pasajes de tan precioso libro con el deseo de que se conozca su espíritu, y el nombre de la religiosa poeta-María de Jesús ocupe merecido lugar entre las escritoras de la ilustre Orden carmelitana descalza.

T. DEL C.

## Á LA MUERTE DE MI PRIMA MARÍA DE JESÚS

RELIGIOSA CARMELITA

SONETO

Hay una flor que sin la luz no vive,  
Y al ver las sombras de la noche oscura  
A cerrar su corola se apresura,  
Porque del sol los rayos no percibe.  
Como la flor, el alma que recibe  
De la gracia la hermosa vestidura,  
Busca la eterna luz, radiante y pura,  
Que esto la esencia de su sér prescribe.

Y contemplando la maldad del suelo,  
A Dios unida con estrechos lazos,  
Puesta en El su esperanza y su consuelo  
Los ídolos del mundo hace pedazos.  
Y al llegar presurosa al alto cielo  
De Dios descansa en los divinos brazos.

M. DEL P. M.



## ROBESPIERRE

## Crónica dramática del Terror.

## Escena IV.

*Dichos, COCLÉS saliendo apresurado por la derecha, luego GRILLON y ENRIQUE.*

COCLÉS.

Vamos á ver, qué ruido es ese... (Viendo á los que están en escena.) ¿Qué hacéis aquí?

MARQUÉS.

Ya sabes que venimos del Tribunal.

COCLÉS.

¡Ah! Ya os había olvidado... Sois de la hornada de mañana. (Aparte.) Conviene encerrarlos también... (Alto.) Venid conmigo.

(La reja del fondo se abre y aparecen por ella Grillon y Enrique.)

GRILLON.

(Desde la puerta.)

Ciudadano Coclés...

COCLÉS

(Volviéndose.)

¿Eh? (Corre apresurado hacia los recién llegados.) ¿A qué vienes, ciudadano Florval?

ENRIQUE.

(Entregándole un papel.)

Una orden de la Convención.

LUISA.

(Al oído del Marqués.)

¡Enrique!

MARQUÉS.

¡Silencio!

COCLÉS.

(Después de leer el papel.)

Seguidme.

(Sale seguido de Grillon y de Enrique. Este que va el último se vuelve y dice con voz sorda desde la puerta poniendo las dos manos abiertas al rededor de la boca.)

¡Esperanza!

## Escena V.

El MARQUÉS, LUISA y TERESA.

LUISA.

(Fuera de sí queriendo irse hacia su marido.)

¡Enrique! ¡Enrique!

(Teresa y el Marqués la detienen.)

MARQUÉS.

¿Qué haces, Luisa?

TERESA.

¿Quieres perderle?

LUISA.

¡Ah! Perdonad... El corazón me arrastra hacia él sin poderlo remediar... Pero ya lo habéis oído. Nos dice que esperemos...

TERESA.

Pero ¿qué significan estas entradas y salidas misteriosas? ¿Por qué tiemblan los opresores y cobran aliento los oprimidos?

LUISA.

No temas, Teresa, Enrique nos dice que debemos esperar y su palabra no engaña nunca.

TERESA.

¿No veis á través de esa cancela un pelotón de soldados que entra en el patio?

LUISA.

Sí, ¿vendrá Enrique con ellos?

TERESA.

La reja se abre. ¿Quién será?

(Aparece Coclés y detrás Robespierre. Coclés se quita el gorro frigio y dice introduciendo á Robespierre: Entrad. Robespierre penetra en la escena cerrándose la reja detrás de él.)

## Escena VI.

Dichos, ROBESPIERRE.

(Comienza á oscurecer. Robespierre queda inmóvil al pie de la reja. Trae la fisonomía y el traje descompuestos.)

ROBESPIERRE.

Todo se acabó. Esta es la antesala de la guillotina. ¿Qué gente es esa? Dos mujeres y un anciano. ¡Enemigos allí! ¡Enemigos aquí! Entremos.

(Se adelanta volviendo la cabeza á las personas que están en escena y que le examinan con febril curiosidad.)

TERESA.

(A los otros en voz baja)

¡Otro preso! Por su traje, aunque desarreglado, infiero que es de los nuestros.

LUISA.

¿No has advertido la extraña actitud de Coclés al introducirlo aquí? Se quitó el gorro y le dijo: «Entrad.»

TERESA.

Sí. ¿Qué pálido está! Yo no le he visto nunca.

LUISA.

Ni yo... Su aspecto me causa una impresión extraña... ¿Quién será, padre?

MARQUÉS.

No lo sé. Mi vista debilitada por los años no distingue bien sus facciones. Además, como el día va declinando...

TERESA.

A estas horas solía ya estar encendido el farol de esta sala. ¿Nos van á dejar á oscuras?

MARQUÉS.

Se conoce que los carceleros tienen cosas más graves en que pensar. Sea quien sea este recién llegado, la desgracia le hace hermano nuestro... Quiero hablarle... (Acercándose.) Quien quiera que seáis, recibid el triste pero cordial saludo de vuestros compañeros de infortunio.

ROBESPIERRE.

(Sin mirarlo.)

Gracias.

MARQUÉS.

¿Podemos seros útiles en algo? Venís fatigado.

ROBESPIERRE.

Mucho.

MARQUÉS.

(Cogiendo una silla y presentándosela.)

Sentaos. (Robespierre se deja caer sobre la silla.) ¿Se os ofrece algo más?

ROBESPIERRE.

Nada más.

MARQUÉS.

El que os dirige la palabra, sin más propósito que el de consolaros, es el Marqués de San Germán.

ROBESPIERRE.

(Levantándose.)

¡Ah! ¡El Marqués de San Germán!

MARQUÉS.

Vivimos rodeados de espías y acostumbramos á decir nuestro nombre á los recién venidos.

ROBESPIERRE.

(Con voz sorda.)

¿Para qué queréis saber el mío?

MARQUÉS.

Para nada, sentaos.

(Robespierre vuelve á sentarse.)

LUISA.

(A Teresa.)

¿Qué extraño personaje!

TERESA.

No sé qué pensar de él.

MARQUÉS.

¿Será indiscreción preguntaros si hace mucho tiempo que habéis sido presos?

ROBESPIERRE.

No hace media hora.

MARQUÉS.

¡Ah! Entonces podréis decirnos qué es lo que sucede hoy en París.

LUISA.

Sacadnos por Dios de esta horrible perplejidad. Las tres personas que aquí veis, acabamos de ser condenadas por el sanguinario Tribunal de Fouquier Tinville; pero estamos suspendidas entre la vida y la muerte, porque los rumores y agitaciones de las calles han traído á esta cárcel ecos de esperanza y de libertad... Hablad, por compasión... ¿Qué pasa en la Convención? ¿Qué pasa en París? ¿Vence el Terror? ¿Vence la piedad?

TERESA.

¿Por qué tiemblan los terroristas? ¿Se ha levantado al fin algún brazo que haya ennoblecido el puñal tiéndolo en la sangre de Robespierre?

ROBESPIERRE.

Sí... un puñal se ha levantado contra Robespierre.

MARQUÉS.

¿El tirano ha muerto?

ROBESPIERRE.

(Con terror.)

¡No...! ¡Vive!

LUISA.

¡Ah! Entonces la inocencia debe temblar.

TERESA.

¡Conque el puñal de Tallien no ha herido! ¡No se lo mandé yo para eso!

ROBESPIERRE.

Tú se lo enviaste, ciudadana Teresa.

TERESA.

¿Me conoces?

ROBESPIERRE.

Me acabas de decir tu nombre.

TERESA.

Y yo empiezo á sospechar cuál es el tuyo.

MARQUÉS.

(Aparte.)

¡Ah! Ya me parecía recordar esa voz.

ROBESPIERRE.

Sí, el puñal que has enviado á Tallien ha cumplido su misión..., puesto que me veis aquí.

MARQUÉS.

¡Maximiliano! Muy caro nos has hecho pagar tu odio; pero en él has hallado al fin tu castigo.

LUISA.

(Con alegría.)

¡Robespierre! ¡Robespierre vencido y preso! Por fin ya podemos pronunciar este nombre sin temblar. ¡Padre! ¡Teresa! (Se abrazan los tres.) ¿No os decía yo que fiáseis en las promesas de Enrique?

ROBESPIERRE.

(Levantándose y aparte.)

¡Enrique! Sí... Allí estaba él también. La predicción se cumple... ¡El amor ha vencido al odio! ¡Cómo se abrazan! El regocijo que les causa mi caída, es el que sentirá mañana toda Francia al verse libre del terror que la inspiraba mi nombre... Odio aquí, odio allí, odio en todas partes... He dominado por el Terror y el Terror se deshace en olas de odio que me envuelven en un mar sin orillas... ¡El hombre que ha hecho derramar ríos de llanto, no llevará mañana á la tumba ni el sufragio de una lágrima! Torrentes de maldiciones romperán mañana los diques del miedo para arrollar mi memoria... Francia se vengará cruelmente de lo que la hice temblar... La oscuridad que reina en esta sala me causa insoportable angustia... ¡Mañana la oscuridad será completa! ¡Oh! ¡La luz! ¡Qué hermosa es la luz! ¡No veo nada! ¿Me habrán dejado solo? Yo necesito oír una voz humana, aunque sea para maldecirme... (Alto.) ¡Armando de Nerac!

MARQUÉS.

¿Qué quieres, Maximiliano?

ROBESPIERRE.

¿No hay luces en esta prisión? ¡Una luz! ¡Yo necesito una luz!

MARQUÉS.

Escucha, Maximiliano: Tu implacable persecución me ha privado de una esposa idolatrada y de una hija que era el consuelo y la alegría de mi vejez.

ROBESPIERRE.

(Aparte.)

¡Justina! ¿Qué recuerdo! ¡Oh! ¡Sí...! También Robespierre hubiera sido capaz de amar!

MARQUÉS.

No saciada con esto tu saña, has decretado mi muerte y la de esta inocente joven, que no podía tener á tus ojos otro delito que el de ser esposa de un hijo del Marqués de San Germán. Un milagro de amor y de heroísmo nos ha preservado hasta hoy de tu fría y rencorosa venganza, pero mañana debíamos dejar sobre el patíbulo nuestra cabeza, ofrenda sangrienta que exigía imperiosamente tu soberbia humillada.

ROBESPIERRE.

¿Vas á decir que me aborreces? ¿Y qué? Un sér más que me aborrezca es una gota de agua en el mar.

MARQUÉS.

No, Robespierre. Lo que voy á decirte es que si



para aplacar la divina justicia necesitas del perdón de este pobre anciano, cuya vida has sembrado de dolores, yo te lo otorgo desde ahora.

ROBESPIERRE.  
(Con amargura.)

¡Tú me perdonas!

MARQUÉS.

Sí, Robespierre, yo te perdono; pero ¿qué digo perdonarte? Yo derramaría gustoso la poca sangre que me queda en las venas por darte la luz que me pides.

(Luisa y Teresa hablan entre sí.)

ROBESPIERRE.

¡Oh! ¡Nadie me podrá dar esa luz!

MARQUÉS.

¡No ves nada, desdichado!

ROBESPIERRE.

Sí, veo lo que no quisiera ver: ¡tinieblas!

MARQUÉS.

La imperiosa necesidad de luz que siente tu alma al borde de la tumba, es un aviso del cielo que no debes desoir. Yo soy un ignorante pecador sin ciencia y sin virtud, pero á falta de otras luces llevo aquí dentro encendida la que tú echas de menos. Ella me servirá para mostrarte los vastos horizontes de la eternidad. Maximiliano, tu dominación ha privado á los que van á morir de sacerdotes. ¿Quieres que yo te hable de la nueva vida que te espera?

ROBESPIERRE.

¡Vida! Sí, sí, anciano. Háblame de eso.

LUISA.

(Acercándose al Marqués.)

¡Padre, padre! ¿No oís?

MARQUÉS.

¿Qué, hija mía?

LUISA.

Teresa y yo lo estamos sintiendo hace rato. ¿No oís un zumbido sordo, y de cuando en cuando gritos y clamores como si una gran multitud hubiese invadido los alrededores de la prisión?

ROBESPIERRE.

(Aparte.)

¡Qué dice! (Escuchando.) Sí, es verdad. ¡Ah! Vienen á libertarme. ¿Me engañará el deseo? No, no, es el pueblo amotinado, son mis amigos que llegan á arrancarme de las garras de los traidores. ¡Oh! Ese inmenso rumor me inunda de una alegría insensata. ¡Ese rumor es la vida! ¡La vida y con ella la venganza!

MARQUÉS.

(A Luisa.)

Oigo, en efecto, ruidos confusos que no acierto á definir bien... No tardaremos en saber lo que eso significa... Déjame ahora... (Alto.) Maximiliano, ¿no me oyes?

ROBESPIERRE.

Calla, Marqués de Nerac. Deja que llegue libremente á mis oídos la tremenda voz del pueblo de París... ¡Del pueblo que viene á libertarme!

MARQUÉS.

¡Qué dices, desgraciado!

ROBESPIERRE.

Guarda la compasión para ti... Robespierre no la necesita... ¡Ah! ¿Querías afrentarme con tu lástima como en otro tiempo me afrentaste con tu loco orgullo? No, Robespierre vuelve á ser el árbitro de vuestros destinos.

LUISA.

(A Teresa.)

¿Lo oyes, Teresa?

TERESA.

¡Su audacia me hiela la sangre!

ROBESPIERRE.

¡Oh! El ruido se va acercando... ¡Una luz! (Se ve brillar una luz por entre los claros de la reja del fondo.) ¡Temblad, temblad todos! Tú querías darme una luz, Marqués de Nerac. Ahí tienes la luz que yo necesitaba. Es la luz que viene á alumbrar mi triunfo. (Señalando la reja.) ¡Mirad! ¡Mirad! (Se abre la reja y aparece Enrique con una linterna en la mano.) ¡Enrique...! (Aparte con profundo terror.) ¡Soy perdido! ¡Viene á matarme!

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

## HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

### LA MADRESELVA

Es un arbusto trepador de la familia de las caprifoliáceas, de hojas opuestas, flores axilares de un hermoso color amarillo de oro, más ó menos salpicado de rojo por la parte externa y de un olor delicado y agradable.

La madreseiva se llama en griego *Egilos*, en latín *Caprifolium* y en francés *chevre-feuil*, cuyas tres palabras se traducen *hoja predilecta de las cabras*, porque efectivamente los rumiantes la pacen con placer. Así dice Teócrito: «Mis cabras se alimentan del citiso y madreseiva, se reúnen en el lentisco y descansan entre los madroños. (Idil. 12.) Y Babrio: «Una cabra juguetona pastaba en un principio las *sumidades* tiernas de la madreseiva y del lentisco.»

Don Juan Arolas dedica en el emblema de los jardines la siguiente composición á la madreseiva:

Con tallos que multiplica  
En torno de encina dura,  
Lazos de amor significa  
Y su afecto le asegura.

Sube con su apoyo al viento,  
Y en sus ramas va dejando  
Flores de oloroso aliento  
Que la van embalsamando.

Así amor alguna vez  
Con idea caprichosa,  
Une con la robustez  
La debilidad hermosa;

Y avasalla con su ley  
Y eleva simple zagala  
A los brazos de su rey  
Que su trono la regala.

Gustavo A. Bécquer en su poesía «La golondrina» tiene esta preciosísima estrofa:

Volverán las tupidas madreseivas  
De tu jardín las tapias á escalar,  
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas  
Sus flores se abrirán;  
Pero aquellas, cuajadas de rocío,  
Cuyas gotas mirábamos temblar  
Y caer como lágrimas del día....  
Esas.... ¡no volverán!

### EL JAZMIN

La palabra *jazmín* viene, según unos, del griego Jon (Ion) violeta, así Dioscorides llama *Iasminon* á un bálsamo que se hacía con las violetas blancas maceradas en el aceite de *sésamo*, según otros, y es lo más probable, viene del árabe ó del persa *Jasemin*, *flor blanca*, y este epíteto cuadra perfectamente á esta planta como dice Arolas:

¿Quién no admira la fragancia  
De esta flor pequeña y leve,  
Tan feliz en su abundancia,  
Tan fresca en su blanca nieve?

Y Rioja:

¡Oh en pura nieve y púrpura bañado  
Jazmín, gloria y honor del cano estío!  
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,  
Hermosa flor, que competir presume  
Con tu fragante espíritu y colores?

(Sileo del jazmín.)

El jazmín es un arbusto trepador muy conocido: hay dos especies muy principales, el jazmín blanco y el jazmín de flores amarillas ó de Persia.

He aquí cómo describe Rioja el nacimiento y origen del jazmín:

Naciste entre la espuma  
De las ondas sonantes,  
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio;  
Y quizá te formó suprema mano  
Como á Venus también de su rocío:  
O si no es rumor vano,  
La misma blanca rosa de Citera,  
Cuando del mar salió por vez primera  
Por do en la espuma el blando pie estampaba  
De la playa arenosa  
Albos jazmines daba,  
Y de la tierna nieve y de la rosa  
Que el tierno pie ocupaba,  
Fiel copia apareció en tan breves hojas.  
La dulce flor de su divino aliento  
Liberal escondió en su cerco alado:  
Hizo inmortal en el verdor tu planta,  
El soplo la respeta más violento.

L. V.

El jazmín significa en el lenguaje de las flores la *amabilidad*.

Hay una curiosa leyenda del jazmín: *El jardinero del Gran Duque de Toscana*.

En los jardines del Gran Duque de Toscana había

el único ejemplar de jazmín, y su dueño se negaba en absoluto á dar plantas que multiplicaran una especie de flores, entonces tan rara y por lo mismo tan codiciada. Pero el amor, que todo lo vence, había de frustrar los deseos del Gran Duque y popularizar los jazmines. El jardinero que cuidaba de estas plantas estaba enamorado de una bellísima joven, á quien amaba con pasión. Llegaron sus días, y no pudiéndola hacer otro obsequio, la regaló una ramita de jazmín cubierta de flores, no obstante la prohibición de su señor. Un rayo de luz atravesó la imaginación de la joven y plantó en un tiesto la ramita de jazmín, prodigándole los cuidados más minuciosos. Al cabo de un año la planta se había desarrollado y produjo nuevas flores. Con la multiplicación y venta de los jazmines reunió un pequeño capital, con el que pudo celebrarse la boda. El Gran Duque de Toscana perdonó al jardinero su falta y desde entonces las jóvenes de aquel país, el día de su boda llevan un ramillete de jazmines en memoria de este suceso.

Españoles navegantes  
Cuyo arrojo sabe el cielo,  
Estas flores elegantes  
Llevaron al patrio suelo.

AROLAS.

En el comercio es apreciada la esencia de jazmín. En zoología recibe vulgarmente el nombre de jazmín de una especie de falsa milépura.

Por último, se llaman peras de jazmín las que tienen un aroma semejante al de estas flores.

### EL ACANTO

El acanto es una planta herbácea, tipo de la familia de las acantáceas, notable por la belleza de sus formas y la elegancia de sus hojas.

Hay dos especies de acantos; el espinoso y el blando ó molle, ambas crecen naturalmente en el Mediodía de Europa. El acanto espinoso está más finamente escotado que el blando y ofrece á la extremidad de sus segmentos picos duros y agudos.

Una y otra especie han dado modelos á la arquitectura, el acanto espinoso á la arquitectura gótica de la Edad Media, como puede verse en el templo de Nuestra Señora de París, en las catedrales de Burgos, León Toledo y otras; y el acanto blando, al capitel del orden corintio.

Vitrúvio explica así su invención: «Murió una joven de Corinto en el momento de casarse, y el ama que la había criado, recogió los objetos de su uso, los colocó en una cesta, que depositó sobre la tumba. Para evitar el deterioro de estos objetos tapó la cesta con un ladrillo ó baldosa.

Por casualidad una raíz de acanto blando se encontraba en este lugar, bajo el cesto; en la primavera echó hojas que le rodearon y encontrando en su crecimiento la baldosa, se vieron obligadas á encorvarse y doblarse en forma de volutas.

Pasó por este sitio el arquitecto Callimaco y admirado de tan graciosas formas, sacó de ellas el modelo del capitel del orden corintio. La palabra acanto viene del griego *akantha*, espina.

D. Juan Arolas también le dedica una linda composición, de ella tomaremos dos cuartetos.

Es emblema del *genio* y de las *artes*,  
Que ostenta su belleza peregrina,  
Pues su vegetación en todas partes  
En vencer los obstáculos se obstina.  
Su adorno singular se preció tanto  
Que en los vasos antiguos descollaba,  
Y el mismo Alcimedón amó su encanto  
Y el vestido de Elena realizaba.

Lleva el nombre de Acanto una ciudad antigua del Epiro al N. del monte Athos, y á orillas del mar. Otra ciudad de Egipto sobre el Nilo al S. de Memfis. Y otra de la Caria en la península de Guido.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

### LA CAZA DEL OSO



ANTES que en Kamtschatka, península en el Nordeste del Asia, se conocieran las armas de fuego, valiéronse los naturales de diferentes medios de cazar á los osos. Hacínaban, por ejemplo, delante de la cueva que servía de guarida al oso, una porción de pedazos de leña, los cuales, el fiero morador, iba trayéndolos al interior de la madriguera para tener expedida la salida; mas como los acechadores no cesaban de seguir echando leña hasta el punto que el oso se encontraba enteramente bloqueado, y aun reducido á un limitado espacio, era luego muy fácil el matarle con una larga lanza introducida por algún hueco. Los koriakos, habitantes de la Siberia, elegían un tronco de árbol algo encorvado en la parte superior, en la cual aseguraban el lazo, que envolvía



como cebo un sabroso pedazo de carne. El oso, que trataba de extraerlo, quedaba por lo regular cogido de la cabeza ó de alguna pata. Sabían asimismo emplazar una especie de empalizada compuesta de una porción de pesados maderos, que al más ligero movimiento se desplomaban, dejando así al oso en el sitio. Hubo también casas en que se colocaba un gran tablón guarnecido de garfios, en el camino que el oso había de recorrer, preparando al mismo tiempo a la inmediatez de la trampa algo que al caer súbitamente hiciera un ruido atronador, con lo cual se estremecía el animal, que nada maliciaba, en términos que ciegamente y con la mayor precipitación venía en su fuga á parar sobre dicho tablón, enganchándose é hiriéndose cuando menos en una mano.

Esto enfurecía al oso de tal manera, que, creyendo poder desasirse, pegaba con la otra mano sobre el tablón, con lo cual quedaba también ésta enganchada como la otra, cayendo así muy luégo en poder de sus perseguidores.

Los ribereños de Lena y Lin, ríos de la Rusia asiática, aun hoy día siguen todavía un modo más extraño é ingenioso para cazar osos. Sobre el camino ó pista ordinaria que lleva el oso, ó bien á la entrada de su cueva, colocan el lazo, asegurado en un pesado tronco de madera. Tan pronto como el animal se siente cogido, se abalanza al madero y lo lleva en brazos al borde de un precipicio para arrojarle á él, mas como se encuentra cogido, tiene que seguir su rumbo, estrellándose al cabo en la profunda sima.

Hay en Kamtschatka hombres que se atreven á luchar con un oso, sin más arma que un hierro que en ambos extremos concluye en aguda punta y que pende de una fuerte correa. El lidiador arrolla ésta al rededor de su brazo derecho hasta el codo, empuña el hierro con la mano izquierda y se precipita á toda carrera sobre el oso: éste, como de costumbre, puesto en pie, espera con la boca abierta al cazador, el cual introduce con suma habilidad con la mano izquierda el hierro fatal dentro de la boca del contrario, impidiendo así no solamente el que la cierre, sino que le causa tan agudo dolor, que sin poderse defender le puede conducir donde mejor le parezca y matarle con la mayor facilidad.

Nada hay que los salvajes emprendan con mayor solemnidad que la caza del oso, y mayor homenaje se tributa á un cazador que ha muerto en un solo día á algunos osos, que á un héroe militar, puesto que tal caza no solamente proporciona á las respectivas familias alimento para algún tiempo, sino también materia para vestirse. Hay algunos que en esta manera de cazar son tan aventajados, que si por casualidad abriéndose paso por la espesura de un bosque se encuentran inesperadamente con un oso, sin titubear un momento le acometen, le atan con una cuerda y arrojándolos con una verga le conducen al pueblo, donde es recibido con la mayor algazara y alegría. Estas proezas se festejan con una comida en la cual la carne de oso constituye el plato más exquisito y predilecto.

F. P.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Influencia favorable del sonido contra las tempestades.* — De un artículo sobre el sonido, suscrito por el Sr. Domenech, tomamos estos párrafos que interesan por lo que acreditan la antigua costumbre de tocar las campanas durante las tormentas:

«Y en cuanto á la influencia del sonido tocante á los meteoros<sup>1</sup> de tierra, es absolutamente igual, con la sola diferencia de que las vibraciones que tocan en el terreno andan unas cinco veces más que en el agua<sup>2</sup>; de lo que resulta que los sólidos, teniendo más conductibilidad vibratoria que los líquidos, quitan siempre alguna resonancia al sonido.

Y la prueba de que las ondulaciones del ruido alteran la atmósfera en tierra, de igual modo, ó si se quiere más poderosamente que sobre el mar por los fluidos que «desarrolla» la tenemos en lo que se ha observado recientemente en los puntos donde han tenido lugar grandes batallas, y en aquellos en que por cualquier motivo ha habido mucho tiroteo.

Desde principios del siglo se viene observando que después de una batalla llueve con más ó menos intensidad, y también se ha visto que al concluir esas fiestas de los pueblos, en las que se festeja á trabucazos al santo durante dos ó tres días, varía el tiempo empeorando.

<sup>1</sup> 1.435 metros por segundo corre por este líquido.

<sup>2</sup> Las vibraciones continuadas en el terreno y la atmósfera desarrollan gran cantidad de calorico y de electricidad, y después viene lo consiguiente.

¿Qué nos dicen estos hechos? Que el ruido con sus vibraciones altera también la atmósfera, la desnaturaliza, y, por lo tanto, es también un poderoso agente contra todo meteoro que se forme en ella.

Y ¿cómo no ha de variar el sonido con sus ondulaciones la naturaleza de los cuerpos cuando su poder puede compararse al que entraña el mayor de los rozamientos?

Dieciséis ondulaciones promueven por segundo los sonidos graves; 48.000 ídem los agudos, con una rapidez en la marcha de 340 metros por segundo. Calculen ahora nuestros lectores qué cuerpo se resiste á variar de naturaleza con la revolución atómica, con el rozamiento que entraña lo que acabamos de indicar, cuando el ruido ó el sonido se ponen en razón directa del cuerpo sobre que actúan.

Basados en estos absolutos principios, decimos que cuando amenace gran meteoro á una población, debieran todos sus habitantes apelar al ruido para quitarle la acción á la tempestad, haciendo sonar todas las campanas, los cañones si los hubiera, fusiles, escopetas, y hasta los almoreces de las cocineras con los martillos de los herreros.

Y ahora recordamos que el tañido de la campana mandado por la Iglesia para conjurar las tempestades, envuelve, además de un pensamiento religioso ó plegaria al Señor, una gran verdad científica. La campana en silencio tiene más fuerza de atracción eléctrica que tocada: primero por lo que hemos expuesto tocante á las vibraciones, y segundo por la propiedad de los golpes de quitar la imantación á los metales; imantación que sule existir siempre más ó menos en ellos, y la que aumenta notablemente su afinidad con los fluidos eléctricos.

En fin, de todo lo cual resulta que las ondulaciones del ruido y del sonido con su doble y vertiginosa fuerza, alteran hasta la naturaleza de los cuerpos; fuerza que en algunos casos ha llegado hasta el punto de quebrantar y aun derribar los más fuertes edificios.

En Amberes, cuando su célebre bombardeo, cayeron muchos palacios sin haberles tocado bomba ni bala, con sólo el impetuoso esfuerzo de las ondas vibratorias producidas por el continuo estampido del cañón y el incesante estallido de las bombas.

¿Si las 25 ciudades que ahora han sido destruídas en el Ohío por el más formidable de los ciclones, hubieran revolucionado los átomos atmosféricos con el más potente ruido... de seguro habrían variado la naturaleza del meteoro, quitándole la fuerza... y, por consiguiente, evitado inmensas como trascendentes catástrofes!»

*Para curar el dolor de muelas con la electricidad.* — Copiamos del *London Electrician* el siguiente procedimiento para aliviar el dolor de muelas con una corriente galvánica improvisada con mucha facilidad: colóquese una lámina delgada de zinc en contacto con uno de los lados de la encía donde está la muela, y en el otro lado póngase una moneda de plata. Uniendo el extremo libre de estos dos metales, se establece una débil corriente galvanizada que cura el dolor de muelas.

*Vegetal forrajero.* — Es oriunda de Guatemala la planta gramínea conocida con el nombre *Teosinté*, vivaz, monoica; semejante al maíz por su aspecto y tamaño, y que constituye un excelente alimento para el ganado y sus tallos un material para hacer cabañas y setos.

La propagación de esta planta pudiera ensayarse con grandes probabilidades de éxito en casi todas las provincias meridionales de España, en terrenos fértiles, bien mullidos y abonados.

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

El Banco Hipotecario de España, secundando los propósitos del Gobierno al expedir el Real decreto de 5 de Junio próximo pasado, y conforme á los Estatutos por que se rige, prestará, con garantía de las fincas gravadas, las sumas que se soliciten para la redención de censos, haciendo las demás operaciones que se le propongan dentro de la ley de 11 de Julio de 1878 y del citado Real decreto, en las condiciones determinadas por sus referidos Estatutos. — Madrid 3 Julio 1886. El Secretario, *Arturo Martín Puente*.

## DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR.

(Continuación.)

**N**ADA más ajeno de nuestros grandes escritores que la afectación y el amaneramiento; nada más extraño que el componer y matizar las palabras para seducir al lector á fin de que, lisonjeado con el ruido de las voces, no pare su atención en la pobreza de las ideas que en ellas andan envueltas. Su grandeza está en su sencillez. Su arte es franco y natural. Dicen lo que sienten, no lo que se imaginan sentir. Buscan su inspiración en sí mismos, en sus pensamientos y afectos, y por esto expresan con viveza y espontaneidad indecibles las ideas que bullen en sus inteligencias, y reflejan y reproducen á maravilla el calor de los sentimientos que los agitan, la vida de la sociedad de que forman parte, el entusiasmo vivificador que empuja á todos y les inspira ideas grandes y sublimes y empresas y hazañas portentosas.

Y aquí se nos descubre ya la causa principal de la magnificencia de la lengua castellana en el siglo de nuestra grandeza nacional y el origen de la poderosísima vitalidad que en ella se descubre y que contribuyó á su perfección y hermosura más que la claridad del concepto y el aparato y el esplendor de los adornos.

«Estando el Sumo Pontificado en vuestras manos y el Imperio en las mías, decía el César Carlos V al Papa Adriano VI<sup>1</sup>, me parece que esto sucede á fin de que hagamos juntos muchas y grandes cosas.» Y cualquiera que fuese el pretexto ó la ocasión de escribirse estas palabras, nunca pudieron decirse con tanta verdad como en aquella época gloriosa, porque jamás han sucedido en el mundo acontecimientos tan grandes como los que entonces se realizaron. Todo en aquella maravillosa edad cambia, todo se adelanta y transforma. Con el descubrimiento de la América y de las Indias complétase la idea del mundo. Nacen las artes ó se renuevan y enaltecen con el conocimiento de la clásica antigüedad. Las lenguas vulgares se pulen y perfeccionan. Fúndanse las ciencias experimentales. Anúnciase el verdadero sistema del universo. Y la expansión que logra el dominio ó señorío de la inteligencia, se refleja en el de la voluntad y en todas las facultades del hombre. Un aliento nuevo, un calor vital, un entusiasmo extraordinario penetra todos los espíritus. Parece que la naturaleza humana entra en vías nuevas y desconocidas, en las cuales sus ideas se ensanchan y engrandecen, sus pasiones se exaltan, toda su actividad se renueva y sublima. Es la era más grande, el florecimiento más espléndido de la vida y del poderío del hombre.

La nación española, gobernada por manos vigorosas, se puso al frente de tan extraordinario movimiento de las almas y lo guió y fomentó, haciéndole producir los más grandiosos resultados. Francia vencida, Italia hecha tributaria, Alemania unida en su suerte con la nuestra por enlaces y casamientos, Inglaterra encerrada en sus límites insulares, el poder de los turcos profundamente quebrantado, unidas en el interior sus provincias, España era la dominadora del mundo. Nada se oponía á sus designios, nada contrastaba sus voluntades. El nombre de España era el más temido y el más respetado en toda la tierra. Precedidos por la fortuna, amparados por los derechos de las dinastías ó por el que

<sup>1</sup> En una carta de 7 de Marzo de 1522 publicada por Lanz en la *Correspondenz des Kaisers Karl V*, según copia existente en los Archivos de Bruselas, t. I, p. 58.



lleva consigo la aristocracia del saber y de la virtud, los españoles se derramaban por todas las provincias y reinos de Europa, gobernaban los pueblos, subían á las cátedras de las Universidades, paseaban vencedores por los amenos campos de Nápoles y Lombardía, por las márgenes del Rhin, por las dunas de Flandes, por las llanuras de Francia, y después de alborotar á Europa con el ruido de sus hazañas y de cubrirla con los laureles de sus victorias, recorrían animosos los inmensos continentes de unas y otras Indias, y penetraban por aquellos bosques donde no había resonado aún la voz humana, y subían por aquellos ríos que parecen mares, y todo lo arrollaban hasta plantar sus tiendas en las vertientes esplendorosas del Tolima y del Cotopaxi, y clavar sus banderas triunfadoras sobre los tronos destrozados de Moctezuma y Atahualpa.

Esta grandeza y exaltación de España fué debida, más que á la victoria de sus armas, á la incontrastable actividad que rebotaba entonces en nuestra patria, á la energía soberana de las voluntades y á la fe que movía á los corazones españoles, fe y voluntad que, unidas é identificadas con las de los reyes que los gobernaban, atropellaron todos los obstáculos, vencieron dificultades que parecían insuperables, y levantaron el nombre de España á una cumbre de gloria adonde no ha subido jamás el nombre de nación alguna. Nunca, en verdad, se han visto en el mundo voluntades más enérgicas ni corazones más esforzados que los de los españoles de entonces. Aquellos hombres parecen de distinta naturaleza que la nuestra. Sus caracteres son más duros que el hierro y más invulnerables que el bronce y el acero. Sus hazañas tienen no sé qué grandeza preternatural, que espanta la imaginación y aterra y subyuga el sentimiento. Nada es capaz de contener el ímpetu de sus corazones. Inflamados por fe y entusiasmo incontrastable, á todo se atreven y abalanzan, todo lo dominan y señorean, atando al carro de sus triunfos hombres y cosas, pueblos, instituciones y costumbres.

Esta grandeza del imperio español, efecto de la energía de las voluntades, reverberó en todo, y en todo dejó impresa la imagen de su actividad y poderío, pero muy señaladamente en el lenguaje y en el estilo y en las formas expresivas del pensamiento. Las palabras son reflejo de las ideas, y éstas de la na-

turalidad del ánimo que las concibe. Quien nació con espíritu noble y generoso y se alimenta de sentimientos levantados, ya sabrá, cuando venga la ocasión, expresarlos con majestad y hermosura; y al contrario, quien posee alma vil y miserable, no dejará de descubrirla en su lenguaje pobre, mezquino y abatido. «La sublimidad de los pensamientos, decía un crítico de la antigüedad, es imagen de la grandeza del alma. Si el orador es de espíritu vil y bajo, ¿cómo ha de producir nada digno de la posteridad? Solamente los

que de aquellos tiempos se conservan, nos dicen á voces haber sido animados por espíritus vigorosos y nobilísimos.

Habiendo la energía de las ideas y el entusiasmo de los corazones avivado extraordinariamente sus ingenios, su lenguaje participó necesariamente de esta vitalidad, y en las palabras magníficas y numerosas, en la viveza de las figuras y en la variedad, soltura y bizarría de las frases reprodujo toda la grandeza y generoso empuje de sus almas. De esta manera la alteza del pensamiento en-

gendró la alteza del estilo; el señorío y la exención de sus voluntades se traspasaron á su dicción, y la fuerza indomable de sus espíritus, derramando sobre el lenguaje la majestuosa corriente de su vida, lo levantó á su mayor grado de vigor y gallardía, haciendo que las palabras fuesen esclavas de las ideas, no las ideas de las palabras, y que los adornos de la oración sirviesen para realzar, no la elocuencia de las frases, sino la realidad y la elocuencia de las cosas. Así resultó aquel estilo admirable, rudo á veces, pero siempre enérgico y elocuente; brusco y mal limado quizás, pero sincero y veracísimo; estilo lleno de brío y pujanza, de entre cuyas frases surgen las ideas con toda su pureza y claridad, con todas las iluminaciones del genio, con las infinitas emociones del sentimiento, con las ardorosas palpitaciones de

la pasión con que sus corazones se exaltan y engrandecen.

De donde provino también el carácter de especialidad ó individualidad literaria que se advierte en los escritores de aquel tiempo, tan notable y singular, que no hay dos cuyo estilo pueda confundirse. Todos hablan una misma lengua, grave, majestuosa y enérgica, pero cada cual le da su en tonación peculiar y característica. Cada cual tiene su fisonomía propia é inalterable. Nadie copia ni imita á nadie. Todos son originales á su manera; y la causa de esto es porque extraordinariamente conmovida y exaltada su naturaleza en lo más profundo y peculiar que hay en cada uno de ellos, buscan su inspiración en sí mismos y todos la encuentran vigorosa, abundante y maravillosamente creadora en la actividad de sus ingenios, en la fuerza de sus convicciones, en el señorío de su voluntad, principio de la personalidad y originalidad literaria.

(Se continuará.)

MADRID.—Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.



EXCMO. SR. MARQUÉS DE CUBAS,

Arquitecto del Asilo y eficaz cooperador en la Obra.

grandes hombres dicen las grandes cosas.»

Porque España fué grande y se inspiró en ideas nobles, productoras de hechos sublimes y hazañosos, por esto su lengua fué grande también y llena de dignidad y hermosura, no de hermosura muelle y afeminada, sino grave, severa y varonil, cual convenía á la que se había formado en aquellos pechos robustísimos y á la que era eco de aquellas almas indomables que habían vencido y avasallado el mundo. Es común en los libros de entonces, en especial los extranjeros, hablarse de la pompa y arrogancia de la lengua castellana, y nada más cierto que esto. La soberanía del poder, y la conciencia de la propia grandeza, y la alteza y virilidad de los pensamientos que animaban á los españoles de nuestra edad de oro, hubieron de quedar estampadas en su lenguaje, como lo quedaron en las fisonomías de sus rostros, los cuales, según los vemos hoy en los retratos

1. Dionisio Longino en su tratado sobre *Lo sublime*, n. IX.